REPERTORIO AMERICANO

SEMANARIO DE CULTURA HISPANICA

Tomo XXVI — San José, Costa Rica — **1933** — Sábado 25 de Febrero — Núm. 8

Año XIV. No. 624

SUMARIO

Un libro sobre Cicerón

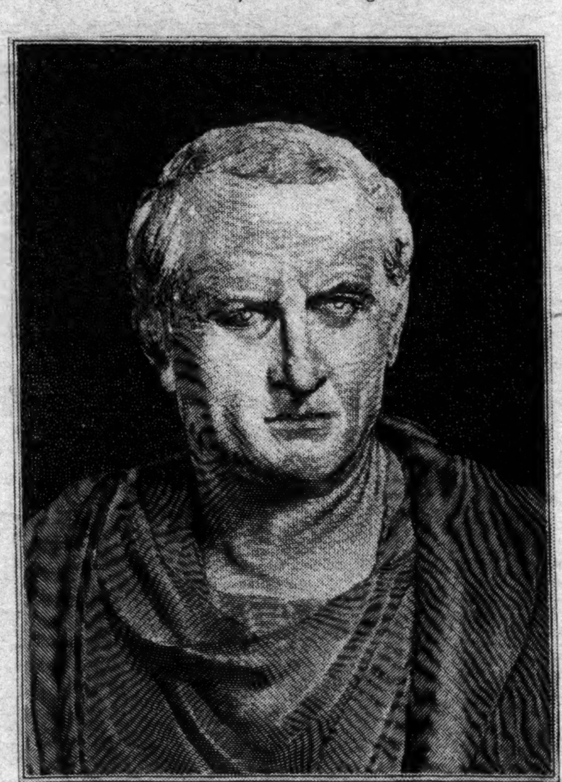
= De *El Espectador*. Bogotá. =

El estudio de las disciplinas clásicas ha sido característica de los pueblos cultos en los días de su prosperidad y crecimiento, y su menosprecio u olvido constituye en la historia de las naciones factor inevitable de agotamiento y decadencia. Sobre las ruinas del templo pagano, o en medio de los destrozados mármoles de una edad augusta, surgió al conjuro del investigador benedictino la vida procera de las ciudades romanas; y ante la evocación silenciosa del suelo cuyas colinas se copiaron en las pupilas del Estagirita, se vió iluminado el angustioso crepúsculo del feudalismo con los rayos apacibles del sol de Atenas.

Viene de los más remotos días la admiración del mundo por aquella edad y por aquellos hombres. Grecia y Roma han alimentado el espíritu de la humanidad sin que se agoten sus fuentes gloriosas. Un conjunto innúmero de sabios se ha recreado en la contemplación de los días lejanos cuya frescura llega hasta nosotros sin mengua; y en vano querrán las mudanzas del genio humano sustituir la grandeza de tales recuerdos por otras grandezas insospechadas: siempre volverá a gustar la misma miel que gustó el pueblo griego bajo sus seculares encinas y siempre irá en pos de la sombra de Virgilio a la campiña romana.

Tales pensamientos acuden a nuestra mente después de dar lectura a un libro que se escribió en el silencio de recogido aposento, y ha visto la luz pública en momentos en que sacude nuestras calles y plazas un estremecimiento de atambores y dianas. La obra se intitula "Cicerón. Psicología de su oratoria" y ha sido escrita por el aventajado humanista doctor José Celestino Andrade.

Seríamos insinceros si no confesáramos la admiración que nos ha producido la publicación de un libro como éste en los días que corren; si temas de la naturaleza del que nos ocupa siempre han sido manjar de muy contadas mesas, con mayor razón en estos instantes de la vida nacional, cuando soplos de materialismo siguen llegando hasta nosotros, y las cuestiones especulativas no absorben, como antaño, la actividad de cierto número de cerebros.



Cicerón

Busto. En la Galería degli Uffizi, Florencia.

La magna figura de Cicerón atrajo al insigne humanista y lo llevó a condensar en estas páginas sus impresiones y el fruto de maduros estudios. Aquel tribuno habló no solamente para Roma sino para la humanidad. Justo es, por tanto, que en la tierra de Caro y de Cuervo se recuerde su nombre con elogio y se estudie su carácter a través de los períodos maravillosos de su oratoria.

Cabe recordar aquí el desarrollo que tuvo tan difícil arte en los días de Roma. A fin de conquistar reputación de elocuencia los patricios se esforzaban, en los días de la juventud, en atacar a los hombres eminentes de su patria. De este modo adquirían notoriedad y templaban, de seguro, su espíritu para futuras luchas ciudadanas. Plutarco observa a este propósito que "los romanos consideraban honrosas las acusaciones que no procedían de resentimientos particulares, y gustaban de que los jóvenes se lanzasen en persecusión de los culpables como los perros valientes se encarnizan con las fieras". Así se explica la multiplicidad de las diatribas contra los hombres públicos, y la vehemencia de los acusadores, llenos del ímpetu de la juventud y de los arrebatos de la ambición.

El autor de la obra que mencionamos en estas páginas analiza punto por punto así las cualidades propias y distintivas de la oratoria en sí misma, como la aplicación que el tribuno latino hiciera de ellas en el acto de dirigirse a sus compatriotas. Unas veces le interesaba la defensa del poeta Arquia, y, prorrumpiendo en exclamaciones altísimas, despertaba a su rededor la simpatía del pueblo y del senado; otras veces era Sextio Roscio Amerino objeto de su oración y entonces los sentimientos del magistrado y del plebeyo se movían al compás maravilloso de su palabra. Si se ocupa de Antonio exclamará: "¿Qué estrella, Padres de la Patria, gobernará mis destinos, que nadie en los últimos veinte años, ha sido enemigo de la república que no me haya al mismo tiempo declarado a mí la guerra? No tengo que proferir nombres; recordadlos vosotros. Mas ninguno de ellos fué mi enemigo espontáneo; a todos hube de herirlos yo antes, para defender la patria. Mas, tú, Antonio, sin que yo te hubiera herido con una palabra, más audaz que Catilina, más frenético que Clodio, gratuítamente me colmaste de agravios, pensando que el romper conmigo era la mejor recomendación para hacer alianza con los ciudadanos impíos".

Llena está la historia de Roma del nombre de Cicerón. Con justicia anota el autor: "Cicerón, que levantó la prosa latina al nivel de la universalidad, para expresar todos los conceptos de la ciencia de entonces, y la hizo vehículo del pensamiento para muchas centurias y base de expresión en una ancha área de Europa, supo también con ella obtener en la oratoria grandes efectos psicológicos". Y sigue anotando: "No como dice uno de los que no le comprendieron, que sus triunfos se debieron sólo al influjo misterioso del lenguaje en la mente, pues ya vimos que tiene siempre fondo sólido de ideas, sino porque con

genio literario penetró en la índole propia de la lengua latina, creando en ella una dicción amplia, que puede competir con la griega por el ritmo lleno y sonoro, muy apto para interpretar el carácter romano; obra que por la perfección del estilo ha perdurado a través de los siglos, porque no procede del artificio mentiroso con que engaña quien no piensa, ni siente, sino del arte donde resuena con vibración perenne un alma genial. La retórica era para él el arte de perfeccionar la palabra natural, porque cuanto en ella vale es copia de la naturaleza y no invenciones de los maestros; y aunque en el estudio de ella hubo exageración en épocas de decadencia, cuando retóricos adocenados malgastaban el talento en disecciones ridículas de las figuras ya conocidas, sin embargo, tales dislates deben recaer sobre los malos ingenios y no sobre el arte".

De la misma manera anota el doctor Andrade Valderrama acerca de la lógica usada por Cicerón en sus discursos: "Para él la lógica era como la hélice y los preceptos como el timón, que, sin ser vistos, impelen y dirigen; sobre la superficie sólo se ve el vapor que surca con majestad las aguas".

De no menor interés dentro del conjunto del libro son las líneas dedicadas a historiar los estudios hechos por Cicerón para llegar a las alturas donde le consagró la fama. Lo sorprendemos, adolescente, en el foro, "en aquel recinto en donde habían vibrado las voces de los oradores legendarios de la época anterior a las guerras púnicas", dejando oír su voz cuyos acentos ya permitían entonces adivinar los éxitos futuros. Muy joven, casi niño, anota el autor, quizás alcanzó a escuchar las oraciones de Antonio y de Licinio Craso, tan reputados entre sus conciudadanos. Atrás hemos dicho cuánta importancia concedían los romanos al estudio de la oratoria. Es oportuno, por tanto, recordar que el propio Cayo Calígula tuvo pasión por ella, llegando, en su fervor, hasta fundar y establecer concursos de elocuencia griega y latina, no sólo en el territorio de Italia propiamente dicha, sino también en la Galia. Justo era que los príncipes y hombres todos de posición destacada entre los latinos viesen con entusiasmo el cultivo de tan nobles disciplinas, puesto que tuvieron la fortuna de conocer y apreciar también a C. Aurelio Cotta y a Hortensio, el primero de los cuales fué elogiado en frases que pudieran parecer excesivas por el mismo Cayo Julio César, con motivo de su acusación contra Cornelio Dolabella.

"Frecuentando el areópago y el ágora—escribe el doctor Andrade—pudo Cicerón por sus propios ojos ver las dos tendencias que desde el comienzo de la oratoria habían existido en Atenas. Gorgias, grande entusiasta del estilo, trabajaba con sumo empeño la simetría de las cláusulas como base de las reformas artificiosas del ritmo. Su discípulo Isócrates llevó a la perfección la obra por él comenzada en la rosa artística; limaba el estilo, como Vinci retocaba las imágenes, poniendo empeño sumo en la armonía y ritmo de la frase y llegó a la exageración de querer casi versificar la prosa con rimas distintas de las de la poesía, como se puede advertir en los dos discursos famosos, el Panegírico y el Panatenáico. Cicerón, que había leído las obras de estos autores, y tenía entonces ocasión de oír en Atenas a los oradores que lo imitaban, comprendió que en la tendencia asianista había algo bueno, algo que cuadraba a un orador romano como la toga de amplios pliegues, y siguiendo los principios del eclecticismo, lo tomó".

¿Qué mucho, por tanto, que después de haberse nutrido en la elocuencia griega, escalara las mayores alturas? Su genio lo llevó a diversas regiones y su mente alcanzaba inaccesibles eminencias. De ahí que pasara el nombre de Cicerón a la posteridad a fin de que ella admirara su nombre y le continuara alabando a través de los siglos, persuadida del esplendor de su eximia figura.

También acá, en nuestra verde planicie, el estudio de la vida y de la obra de Cicerón produce frutos sazonados. Pruébalo el libro del doctor José Celestino Andrade, compendio de meditaciones fecundas, síntesis agradable de largos estudios, escaso en toda época, raro por extremo en la nuestra. Vayan hasta él nuestros aplausos, cortos en el mérito del que los dirige, amplísimos por el aprecio que tenemos de su libro admirable.

Manuel José Forero

DE LA ANTIGUA SABIDURIA

El injusto apetito de los tiranos

= Del Libro V de las *Cuestiones Tusculanas*. Tomo V de las Obras Completas de Cicerón. Versión castellana de Marcelino Menéndez Pelayo. En la «Biblioteca Clásica». Madrid. 1912 =

Por espacio de cuarenta y dos años ejerció Dionisio la tiranía en Siracusa, y a los veinticinco había llegado a la dominación. ¡Cuán hermosa y opulenta ciudad tuvo sometida a servidumbre! Sin embargo, leemos de este hombre, en muy buenos y autorizados escritores, que tuvo gran templanza de vida, y que se mostró en los negocios varón agudo e industrioso, aunque por naturaleza era maléfico e injusto. Lo cual a quien examine profundamente las cosas debe parecerle mayor razón para considerarle como desdichado. Porque las mismas cosas que tanto había deseado, ni siquiera las gozó cuando le parecía que las tenía en su poder todas. Habiendo nacido de buenos padres y de honrada familia (si bien varían muchos escritores en cuanto a su linaje), y habiendo tenido mucha comunicación con sus amigos y deudos, y además, según la costumbre de los griegos, algunos adolescentes unidos a él por el vínculo del amor, sin embargo no se fiaba de nadie, y sólo se atrevía a confiar la custodia de su persona a algunos extranjeros y bárbaros, a quienes había elegido de entre los siervos de las familias ricas de Siracusa, quitándoles el nombre de esclavitud. Así, por su injusto apetito de dominación, se había encerrado dentro de una estrecha cárcel, y por no entregar su cuello al barbero hacía que sus mismas hijas lo afeitasen.

De esta manera, aquellas regias princesas, con artificio sórdido y propio de esclavos, cortaban la barba y el cabello a su padre. Pero, cuando ya fueron adultas, quitó de sus manos el hierro y las enseñó a rizarle las barbas y el cabello con un hierro candente. Y teniendo dos mujeres, Aristomacha, conciudadana suya, y Doris, locrense, no se atrevía a visitarlas de noche, sin haber examinado antes y registrado todo el palacio. Y habiendo rodeado su lecho de un amplio foso, echando sobre él un puentecillo de madera, levantaba este puente después de haber cerrado la puerta de su alcoba. No se atrevía a arengar al pueblo sino desde una torre muy alta. Un día que se entregaba a su acostumbrado ejercicio del juego de pelota, entregó a un adolescente, a quien amaba mucho, su túnica y su espada. Y habiendo dicho, sonriéndose, uno de sus familiares: "A ese muchacho le has confiado tu vida", a lo cual contestó el joven con otra sonrisa, mandó el tirano a degollarlos a los dos: al uno porque había descubierto un camino para matarle, y al otro porque había aprobado las palabras del anterior con su risa. Eso le ofendió tanto, que nada le pareció más grave en su vida, puesto que llegó a matar al mismo a quien tan vehementemente amaba.

Así se mueve en las direcciones más contrarias el apetito de los tiranos, dando a entender con ello cuán lejanos están de la felicidad. Bien lo probó el mismo Dionisio cuando Damocles, uno de sus aduladores, alababa con largos razonamientos su fausto, la majestad de su dominación, la abundancia de sus riquezas, la magnificencia de sus palacios, y negaba que hubiese nadie más dichoso que él. "¿Querrás, oh Damocles, le replicó, ya que tanto te deleita esta vida, gozarla tú mismo, y experimentar mi fortuna?" Habiendo Damocles dicho que la deseaba, mandó Dionisio colocarle en un lecho de oro, en un estrado bellísimo, con ricas almohadas y magníficas pinturas, e hizo poner en torno de él abundancia de plata y oro cincelado. Mandó que le asistiesen a la mesa esclavas selectas y de notable hermosura, y que le sirviesen conforme a su capricho. Añadió a esto ungüentos y coronas, mandó quemar deleitosos perfumes y cubrir la mesa de manjares exquisitos. Creíase feliz Damocles, cuando en medio de todo este aparato vió que pendía del artesonado

techo una espada fúlgida, pendiente de una crin de caballo, y amenazando continuamente a las cervices de aquel varón que se creía tan dichoso. Y fué tal su terror, que ni miraba a las hermosas esclavas, ni a la plata cincelada, ni alargaba la mano a la mesa, y de la frente se le caían las coronas, hasta que al fin rogó al tirano que le permitiera retirarse, porque ya no quería ser dichoso. "¿Te parece, dijo Dionisio, que nadie puede llamarse feliz cuando algún peligro le amenaza siempre?" Ni siquiera le hubiera bastado el observar la justicia y devolver a sus conciudadanos la libertad y el derecho, porque ya desde muy joven se había acostumbrado a la tiranía, cometiendo tales maldades que no hubiera podido librarse del castigo. Pero cuánto deseaba la amistad y cuánto temía la infidelidad de los hombres, bien lo declaró en el caso de aquellos dos amigos pitagóricos, de los cuales el uno se había dado por fiador de la muerte del otro, y Dionisio exclamó: "Ojalá me contaras por el tercero en vuestra amistad". ¡Cuán gran desdicha era para él carecer del trato amistoso, de la sociedad y de las alegrías familiares! Y debía sentirlo tanto más, cuanto que era hombre docto y educado desde niño en las artes liberales. Sabemos que era muy aficionado a la música, y también poeta trágico: si bueno o malo, nada importa para el caso; aunque en la poesía, más que en otra arte alguna, a cada cual le parecen las mejores sus obras propias. Todavía no he conocido a ningún poeta, y eso que tuve amistad con Aquinio, que no se creyera el mejor del mundo. Así somos los hombres. A ti te deleitan tus cosas, a mí las mías. Pero volviendo a Dionisio: vivía y vegetaba con facinerosos y bárbaros, y no quería por amigo suyo a ninguno que no fuese digno de libertad, o que tuviera el menor deseo de ella. No me atreveré yo a comparar la vida de este hombre, que fué la más triste, mísera y detestable, con la vida de Platón o de Architas, hombres doctos y verdaderamente sabios.

Cicerón

Hoy ha hecho veinticuatro años

= De *La voz*.—Madrid =

Hoy, 19 de diciembre de 1932, hace veinticuatro años—casi un cuarto de siglo—que un hombre oscuro, llamado Juan Vicente Gómez, usurpó el Poder público en Venezuela. Se recuerdan las circunstancias en que realizó la usurpación. Estas circunstancias pintan su carácter. Amigo íntimo, niño mimado y servidor incondicional del presidente Castro, éste le encargó del Gobierno mientras iba a Europa a operarse de una grave dolencia. Yacía en Berlín, en una cama operatoria el protector, cuando el protegido resolvió dar un golpe de cuartel, desconoció la autoridad del presidente y se declaró dictador.

Tal ha sido el origen de un poder irresponsable que ejerce hace un cuarto de siglo un indio oscuro, astuto y feroz.

Los estudiantes de toda la América española—diremos de toda la América latina, para no excluir a los brasileños—dan hoy al mundo con motivo de este luctuoso aniversario un ejemplo de solidaridad humana y de conciencia colectiva americana.

En toda las grandes ciudades de Europa y América donde haya asociaciones de estudiantes latinoamericanos, en todas, desde Londres hasta Madrid, desde Hamburgo hasta Roma y desde Nueva York hasta Buenos Aires, los estudiantes se reunirán hoy y celebrarán actos públicos de protesta contra la autocracia del barbarócrata que hace casi un cuarto de siglo se ha convertido en el verdugo moral y material de un pueblo.

La idea ha partido de los estudiantes de París. En París se han celebrado hoy un mitin monstruo y una manifestación pública con las banderas de todas las repúblicas americanas y de las federaciones estudiantiles.

Es decir, en el mundo entero se ha protestado hoy en español, en francés, en inglés, en italiano, en alemán, por la porción más generosa del alma universal, contra la aberración de que un pueblo haya vivido un cuarto de siglo, y siga viviendo, privado de todos sus derechos, escarnecido, secuestrado, expoliado, torturado y asesinado. Todo esto, al pie de la letra, sin metáforas.

Se dirá que un pueblo que no defiende sus derechos merece que se los conculquen. Sería muy prolijo explicar la serie de circunstancias que han contribuido a crear y prolongar semejante estado de cosas. Lo más extraño y repugnante es lo siguiente: la tiranía, que suele ser una desgracia efímera, se ha convertido en Venezuela en vida pública normal. Y esta de Venezuela no es una simple tiranía: es la barbarie organizada, es la regresión colectiva por el gobierno de los peores.

Y ello, con el asentimiento del universo: el Papa mismo ha premiado a Gómez con el "bello título de conde".

El barbarócrata de aquella infeliz barbarocracia es un analfabeto vulgar, sin nociones claras de nada, que apenas sabe leer, escribir y contar. Contar es lo que sabe mejor. Su avaricia no tiene límites. Astuto, ha descubierto por instinto que los hombres no les temen sino al dolor y a la muerte y no les seducen sino el dinero y la vanidad. Así, para él sólo existen dos medios: el cohecho y la muerte.

En todo pueblo, aun en el más degradado, hay hombres que prefieren la infelicidad y el sufrimiento a la prostitución; en Venezuela todos esos hombres han muerto o yacen en las cárceles, cargados de grillos de 70 libras, sin poder salir de un calabozo de tres metros cuadrados, torturados física y moralmente, a menudo envenenados. Entre los que no han muerto de esos hombres, entre los que no han desaparecido en los calabozos infestados adrede de tuberculosis, de cáncer, de lepra, los hay que han sufrido más viviendo que muriendo. Felices los que han fallecido al ser colgados por las partes pudendas, o bajo el látigo, o amarrados a la cureña de un cañón, o por haber ingerido con los alimentos las famosas "gotitas blancas" que aplicaba en la Rotunda, de Caracas, el famoso asesino Nereo Pacheco, o por la sistemática y dosificada supresión de alimentos. A otros se les prolonga cruelmente la vida, y agonizan lentamente en las cárceles. Los suele haber con cinco, con diez, con quince, con veinte, con más de veinte años de calabozo.

Los menos infelices o han sido expulsados—ya no expulsa Gómez sino para el otro mundo—o han podido fugarse. Pero aun en el destierro no viven tranquilos. A un joven escritor de nombre Laguado Jaime se le hizo secuestrar en La Habana y conducir a bordo de un buque. Desde entonces no se ha sabido más de él. Quizá los únicos que pudieran informar serían los tiburones del mar Caribe.

Gómez gasta más en espionaje que en instrucción pública. Lo sabe todo. Lo descubre todo. Sus legaciones y consulados son magníficas oficinas de información; Madrid, según parece, está lleno de espías del paranoico venezolano.

Hay más de cien mil venezolanos en el extranjero. Las universidades de todo el mundo cuentan estudiantes de Ve-

nezuela escapados a la crueldad y a la barbarie de Gómez: las universidades de Venezuela han sido clausuradas. Pero ni en el extranjero, repito, se puede vivir tranquilo, a cubierto de las persecuciones gomeras.

A la misma modestísima persona que suscribe estas líneas se la persigue sin descanso. En efecto, se ha establecido oficialmente en Madrid una oficina de detractación contra mí, se me abre y se me arrebata la correspondencia, se compra a los porteros de mi casa, a los criados de mi domicilio, a los empleados de mi oficina. Y aun por algunos amigos no metería la mano en el fuego. Los espías saben dónde voy, con quién converso, qué hago. Esto dura años y años. Así pudieron arrebatarme judicialmente, apenas apareció, mi novela "La máscara heroica". Así me han substraído una "Vida de Bolívar" inédita y doce tomos de una "Diario íntimo", que representan otros tantos años de trabajo, desde 1914 hasta 1926, ambos inclusive. Así están acabando hasta con el único medio de subsistencia que tengo para mí y para los míos. Los pedidos de libros que llegan a mi editorial, los unos se pierden, otros llegan tarde. ¿Es esto posible? ¿Tolerable?

Y todo ocurre a dos mil leguas del antro del monstruo, en medio de una sociedad que reconoce y respeta las garantías individuales, sin las cuales no puede existir vida civilizada.

Pero así de largo tiene su brazo el odio.

A Gómez y a su régimen no les faltan defensores. Pero ya sabéis: quien defienda tales monstruosidades no lo hará desinteresadamente. En toda defensa de Gómez, ya lo suponéis, hay un miserable, un vendido.

En cuanto al beneficio pecuniario que produce la dictadura sin control, baste saber que Gómez, ayer sin un céntimo, posee minas de oro, minas de cobre, yacimientos de petróleo, dehesas selladas de rebaños, haciendas de café, de caña, de cacao, pueblos enteros con todas sus casas y edificios, compañías de vapores, ferrocarriles, etc., etc...

La industria se ha convertido en una serie de monopolios, todos de propiedad particular de Gómez: no se vende más carne que la de sus reses, ni se bebe más leche que la de sus vacas, ni se encienden más fósforos que los de su fábrica, ni se fuman más cigarrillos sino los de su manufactura. No se viste uno, ni come, ni bebe, ni juega—el juego es otro monopolio—sin tener que pagar indirectamente una contribución a Gómez. Casi no se respira sin su permiso. Y que nadie chiste. Las huelgas las extingue con las ametralladoras. Las reuniones de más de tres o cuatro personas, también. Un grupo de señoras fué a pedir la libertad de los estudiantes presos; se las atropelló e hirió. A los huelguistas y a los estudiantes se les condena a trabajos forzados en las carreteras.

Juan Vicente Gómez está sostenido por los Estados Unidos.

R. Blanco-Fombona

Una bufonada trágica

= Editorial de *El Espectador*. Bogotá =

Un periódico de Nueva York, "The World Telegram", informa que el embajador del Perú en Washington, señor Freyre Santander, dió ayer a los intelectuales americanos que pedían la libertad del jefe aprista Raúl Haya de la Torre, esta respuesta equívoca: "es imposible acceder a esa petición, porque Haya de la Torre murió hace seis meses".

Verosímilmente lo que quiso el embajador del Perú, al contestar en estos términos a la generosa exigencia de la intelectualidad americana presidida por Waldo Frank, fué hacer un sarcasmo cínico, refiriéndose a la circunstancia de que hace precisamente seis meses se anunció sin fundamento, que Haya de la Torre había sido asesinado en la cárcel por los agentes de la dictadura.

Nuestra opinión personal al respecto, basada en antecedentes de indudable autenticidad para nosotros, es que Haya de la Torre no ha sido todavía sacrificado, como puede serlo en cualquier momento, por sus carceleros implacables. Pero esta convicción, susceptible naturalmente de ser desautorizada por la realidad trágica, lejos de atenuar hace mucho más repugnante la actitud del embajador peruano en los Estados Unidos, porque lo exhibe como un bufón haciendo piruetas mentales delante de la muerte.

Si en realidad la respuesta del señor Freyre Santander a los intelectuales americanos corresponde a un hecho que la dictadura logró mantener oculto durante seis meses y que al ser conocido podría precipitar al pueblo peruano a la revolución, seguramente la reacción del sentimiento público en otros países no sería tan intensa como habrá de serlo cuando se generalice la impresión, que ya tenemos nosotros, de que se trata simplemente de una bufonada trágica. La muerte de un caudillo popular no es por sí sola capaz de conmover hasta la desesperación la sensibilidad anestesiada de quienes no están unidos a él por una íntima afinidad de aspiraciones, y en el caso concreto de Haya de la Torre, que es una de las más nobles figuras de la intelectualidad moderna, apenas sería posible suponer un agudo grito de cólera en los altos círculos de la cultura continental, porque en las capas inferiores de la inteligencia su prestigio de apóstol no tiene todavía la amplitud que le corresponde. Pero no ocurrirá lo mismo si esas diez palabras heladas de que se sirvió el embajador del Perú para anunciar la falsa muerte de un prisionero político, que encerrado en una mazmorra de Lima aguarda todos los días el golpe aleve de sus carceleros, llegan a ser interpretadas en el sentido que les atribuimos nosotros, esto es, como la expresión auténtica de los sentimientos de un verdugo que se ríe trágicamente de sus víctimas.

El señor embajador del Perú en Washington ignoraba probablemente, cuando ensayó ayer esa repugnante pirueta de sepulturero, que los seis mil apristas peruanos que llenan las cárceles del Callao, de Lima y de Trujillo empiezan a sentir en torno suyo el vaho cálido de la adhesión popular que se prepara, para libertarlos por la fuerza, e ignoraba seguramente también que somos ya muchos y llegaremos a ser muchísimos los colombianos que no entendemos que la guerra entre Colombia y el Perú pueda tener una finalidad distinta de la de ayudar al pueblo peruano a libertarse de la tiranía de Sánchez Cerro, para convivir después fraternalmente con él en la vasta hoya amazónica, que tenemos la obligación y la aspiración común de hacer habitable para la humanidad. Mejor informado a este respecto, el gracioso embajador ante la Casa Blanca no volverá a reírse muchas veces del cadáver de Haya de la Torre, que vivo o muerto será siempre un símbolo de todo lo que vale moral e intelectualmente en el Perú.

Con su sólida base de realismo económico y su velamen vaporoso de utopías, el programa aprista ha seducido dilatadas masas peruanas que le han prestado su aliento místico, y cuenta con el apoyo vigoroso de la universidad con el fuego dialéctico de una heroica legión de intelectuales y de estudiantes. Las aceradas tesis de Mariátegui han ido ajustándose a las exigencias de la realidad, y ese partido, perseguido y amordazado por la dictadura afrentosa, ha cobrado el prestigio popular de una religión hostilizada, que despierta la curiosidad y la admiración no sólo de las serranías peruanas rebeladas espiritualmente contra la dominación incomprensiva de Lima, sino de la América toda.

El caudillo de ese movimiento, caudillo contra el caudillaje que desangra a su país, es Haya de la Torre, limpio e impetuoso espíritu de iluminado y de visionario, que siempre resultó incómodo a esa corte decadente que desde el palacio de Pizarro domina un pueblo triste, con la misma elegancia irresponsable de los señores feudales de la colonia a quienes la peonada sumisa llenaba la bolsa y los graneros.

El embajador del Perú en Washington entiende que Haya de la Torre murió hace seis meses, y lo anuncia así a la intelectualidad americana con un grotesco ademán de histrión y de verdugo, sin adivinar todo lo que puede representar para la historia de su país y para la suerte de sus amos ocasionales esa mofa sangrienta. Pero ya lo sabrá cuando de las cárceles del Perú salgan a hacer justicia los vivos y los muertos.

Era de justicia decirlas...

17 de febrero de 1933.

Sr. don Rafael Angel Fernández,
Alajuela.

Mi estimado Rafael Angel:

Me ha conmovido la carta en que usted me da las gracias por las palabras que dije en el entierro del padre amado. Era de justicia decirlas. No me pareció bien que dejáramos a don Máximo en la sepultura, sin que la Patria agradecida, por boca de alguno de sus hijos, algo dijera en elogio de él, que la sirvió y honró en su larga existencia. La patria, como estado de cultura, se define también como expresión de justicia.

El *Repertorio* halló en don Máximo un amigo y estimador. Más de una vez le vi llegar con paso trémulo a mi oficina en busca de una copia que repusiera la que se había deteriorado. Porque este era uno de los entusiasmos nobles de don Máximo: recoger periódicos que fueran como un testimonio de la cultura en Costa Rica, y empastarlos. Era un bibliófilo, de lo mejor y más constante que hemos tenido. Las colecciones de periódicos de Costa Rica que logró hacer, y ha dejado, son, por únicas, un tesoro. ¡Esfuerzo grande que él hizo en favor de nuestra cultura! Ojalá ustedes las cuiden y lleguen a ser ellas, fuente de información de quienes estudien con espíritu nuevo nuestras cosas viejas. Alguna vez me habló complacido de sus libros de recortes. Con sentido fecundo de admiración, recogió las polémicas memorables habidas en la prensa costarricenses. Guarden esos libros; con el tiempo valdrán más y más.

De las letras fué amigo don Máximo desde la mocedad. La primera compilación poética costarricense, a él se la debemos. La *Lira Costarricense* (tomo I. Imp. Nacional. 1890), ya es libro histórico. Y vea lo ejemplar del caso: hizo la compilación, porque supo que una revista extranjera dijo que aquí se cultivaba el café pero no la poesía. Quiso probar que cultivamos ambos y que en Costa Rica, pueden no estar reñidos los intereses de la alforja con los del Espíritu. Es posible que haya dejado cuadernos de apuntes en que luzca el don literario que poseía (1). Sin aficiones literarias innatas, no habría podido mantener a lo largo de los años sus devociones por las cosas del espíritu como se hallan expresadas en los periódicos que coleccionaba o en los libros que adquiría. Le placían los libros de su librería como las lindas flores de su jardín, que lo cultivaba.

Lic. Don Máximo Fernández
(Retrato de los días finales)
18. Noviembre, 1859 — 10. Febrero, 1933

Y del hombre público que fué su padre, ¿qué decirle? Lo seguí en los años mozos—en aquellas sus arriesgadas y clamorosas campañas políticas — y siempre nos vimos con simpatía y aprecio. Bastante le injuriaron y calumniaron sus crueles adversarios, cuando él supo luchar como bueno por los intereses de la libertad y de la justicia civil en Costa Rica. Pero poco a poco la atmósfera se despeja, el juicio se asienta, y cuando se escriba la historia de las ideas políticas en este país, cuando se haga el balance final, el fallo de la posteridad le será favorable. Porque cuando más se necesitó hacerlo, cuando él pudo hacerlo, luchó porque fueran una realidad principios de vida política que hoy parecen de elemental necesidad: derecho de reunirse los ciudadanos a discutir los asuntos públicos sin que la policía ande con el sable persiguiendo las ideas: expresión libre de las convicciones políticas sin que por ello el ciudadano se vaya a la cárcel o al destierro: prensa libre, como agencia de opinión y de cultura: Congreso y Municipios, como agencias de la democracia: interés del pueblo por la renovación de los poderes públicos mediante sufragio libre y limpio. Por estos y otros bienes luchó don Máximo con denuedo hace como 35 años, organizó—hombre de acción—partido fuerte y cobijó con su bandera a una juventud rebelde y apasionada, mucho más viril que la de hoy. El pueblo creyó en él y le quiso; y sin los manejos ilícitos de sus enemigos, habría llegado a la Presidencia de la República. Y habría sido un buen Presidente, porque poseía amor sentido a su pueblo, espíritu de progreso y adhesión a la gente nueva. Es verdad que en el ocaso de su vida, se fué quedando solo; como que a los políticos de vida larga, les toca ir contando sus amigos, y morir convencidos de que fueron pocos los verdaderamente adictos y muchos los que se acercaron tan sólo en busca de posiciones, honores o posibles negocios. En el entierro de su padre ví algunos amigos de los leales, en el triunfo como en la adversidad; de los que llegan hasta el fin de la jornada. Eso consuela.

Es verdad, mi amigo: siga, como me dice, las huellas que dejó el padre bueno, y siempre lo veremos a Ud. como luchador de casta en las empresas de justicia y libertad, de bien y de belleza.

Créame suyo affmo.,

J. García Monge

(1) En lo publicado: Discursos, notas e informes, cartas; artículos suyos, por ejemplo, como redactor de los semanarios *La Guirnalda* (1877), *El Preludio* (1878); *El Ciudadano* (1880), periódico político.
De joven, don Máximo fué periodista militante; con gajes del oficio—entonces—como éste: la deportación.

El Dr. Marañón prepara un libro sobre la vida íntima de Galdós

Confidencias a un niño y a un hombre

= De *El Sol*. Madrid =

LA AMBICION DE SER UN PEQUEÑO ECKERMANN DE GALDÓS

Primero es una mano lo que aparece entre los pliegues de la roja cortina de damasco, y como si hubiera llegado al umbral de la puerta, de puntillas, para no despertar el silencio de la biblioteca, aparece el Dr. Marañón y su sonrisa.

Le recordamos las palabras que el ilustre doctor pronunció en los jardines del Retiro ante la estatua de D. Benito, en ese acto de ofrenda de flores y recuerdos que anualmente celebran Los Amigos de Pérez Galdós.

—"El azar quiso que estuviese por largo tiempo cerca de él—dijo Marañón—lleno de su intimidad y de su afecto. Y tuve la ambición juvenil de ser un pequeño Eckermann de aquel grande hombre, tan parco de palabras".

Yo me referí con esas palabras a mi trato continuo con Galdós, sobre todo en sus últimos tiempos. Ya de chiquito, allá en su casa de Santander, fuí asiduo visitante del maestro. Hablaba Galdós con muy poca gente. Le gustaba mucho, sin embargo, hablar con los niños. Siendo yo niño, permanecí en "La de San Quintín" horas y horas. Hablábamos de viajes y de encantados sueños infantiles. El me enseñó muchas cosas Lo poco que yo sé de Astronomía, de Galdós lo he aprendido.

Y añade el autor de "Amiel":

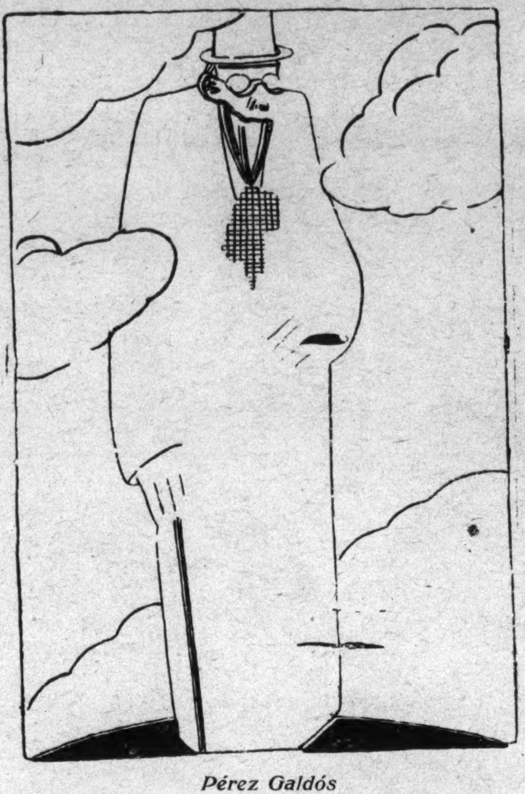
—Siendo yo mayor, pasé al lado de Galdós las largas horas de su convalecencia. Charlábamos. Yo anotaba después en mi casa cuantas cosas le oía. Tengo un verdadero archivo de apreciaciones de Galdós acerca de las cosas más varias. Siempre he tenido, y tengo, la ilusión de escribir la vida de D. Benito. Quiero que el libro sea expresión de la auténtica personalidad de Galdós, tan desfigurada por unos y otros.

—¿En forma de conversaciones, como las de Goethe, recogidas por Eckermann?

—He pensado con delectación atenta en este libro durante muchos años. Y con verdadera ilusión. Sólo me falta tiempo para atender la materialidad de escribirlo. La primera parte del libro se titulará "Galdós en Toledo".

GALDÓS, INTIMO

—Gran parte de sus apreciaciones sobre España, sobre la vida en general, tienen una resonancia clamorosa en sus libros. Otras que no aparecen en su obra escrita las he recogido yo. Y principalmente mis observaciones son de carácter más íntimo. Su vida íntima es interesantísima. Por otra parte, este aspecto es el que personalmente más me interesa de los grandes hombres.



Pérez Galdós
Visto por *Bagaría*

Galdós era un hombre un poco atormentado y tímido. Gran apasionado, y, no obstante, con una serenidad fría y disciplinada de sus pasiones. He recogido también cuidadosamente sus puntos de vista, muy agudos, sobre Medicina, Literatura, Música. D. Benito era un gran músico. Aunque lo más interesante de Galdós es su complicación interior. No era un hombre sencillo, como se suele decir, sino de una gran vida interna. Los factores humanos se daban en él con una autenticidad maravillosamente interesante.

HOMBRE DE PASIONES EN EL BOLSILLO

—¿Pasiones?

—Hombre de pasiones y de sentimientos tumultuosos, pero con un inconcebible dominio sobre pasiones y sentimientos, el mismo equilibrio. Su eficiencia cerebral era tan grande, que le pasaba lo que les pasa a la mayor parte de los hombres inteligentes; tenía sus sentimientos en el bolsillo.

La inteligencia en sus formas superiores siempre se alienta a costa de las pasiones. Todo progreso de la personalidad humana se realiza a costa de dominar la emoción. Este es el progreso de la Humanidad y una de las diferencias que más concretamente destacan al hombre de los animales.

Eso es lo que dije en el acto de recuerdo y homenaje a Galdós. Fué el sentido de su vida y de su obra: vivir es repetir el ayer y soñar el mañana... Los acontecimientos fundamentalmente todos se repiten a través de la Historia.

—Ciertamente, estaba en el espíritu de la época ese concepto—observamos—. Entonces se traía y se llevaba la concepción aquella de la "serpiente que se muerde la cola".

—No es cosa de una época determinada, a mi entender, sino hecho universal y permanente. Galdós tenía muchas cosas de su época y muchas más que están por encima de todas las épocas.

PERENNE DEVOCION DEL PUEBLO

Nos proponíamos en este breve diálogo con el Dr. Marañón exhumar de su valioso archivo galdosiano datos por él anotados en sus conversaciones con don Benito.

El doctor mira y remira papeles. No recuerda particularidades de esta naturaleza en su archivo. Sus manifestaciones, siempre interesantes y agudas, nos consuelan de la realización imposible, de momento, de nuestra pesquisa.

Una pregunta final:

—¿Qué homenaje nacional, más adecuado a la vida y la obra de Galdós, cree que se podría llevar a efecto? Las ediciones de la obra galdosiana casi es ilegible, por su descuidada confección. Apenas se habla de ella... Apenas grupos de obreros y gentes humildes crean bibliotecas con el nombre del insigne maestro.

—Nada de homenajes. El mejor es la lectura de sus libros. Y Galdós será eternamente leído en España. No creo en la eficacia de la acción oficial con respecto a estas cuestiones, ni de la extra-oficial, la que pudieran proponer, con el deseo de una más extensa divulgación de la obra galdosiana. El culto a Galdós y su supremo homenaje será la perenne devoción del pueblo a uno de sus más grandes artistas, genio de la novela española y profeta de la resurrección de España

Rasguños

= Del *Diario de la Marina*. Número centenario. La Habana, 1932 =

El espectáculo de nuestra patria, para los que la amamos con plena conciencia, contrista y deprime el ánimo. Parece Cuba frágil barca sin timón. azotada por huracán deshecho. ¿Qué podemos, qué debemos hacer para acudir a su remedio? Ante todo tratar de ver la realidad del desastre. Y después ponernos a contrarrestarlo con todo empeño, y cada uno según sus fuerzas.

———

Los antiguos llamaban a Enna, ciudad situada en el centro de Sicilia, "Siciliae umbellicus". El Lugareño llamaba a Camagüey "el ombligo de Cuba". ¿Rasgo de erudición o mera coincidencia?

———

A los pacifistas, yo lo soy, recomiendo esto, para su consuelo. Se han inventado las balas dumdum, los tanques blindados, las nubes de colorina, las bombas de fosgena y otros elementos de destrucción instantánea. ¿Para acabar con el enemigo? No, señor, nos dicen, para acabar con la guerra. ¿Verdad que es patético?

———

Surtido de lenguas. Lenguas largas, cortas, melosas, acres, agridulces, viperinas, pastosas, sueltas, ceceosas, farfulleras, de serrucho, o como la de Creonte en Sófocles, de filo y contrafilo.

———

¡Qué bella es la juventud! Si los viejos no pretenden enmendarla y deformarla.

———

Hay una canción popular inglesa, cuyo título podría traducirse: "¿De qué sirve apurarse?" En efecto ¿de qué sirve? Pero nos apuramos.

———

Vistos a la lupa los grandes estadistas parecen primos hermanos de los grandes proyectistas. El testamento político de Washington, la doctrina de Monroe, la organización mundial de Chamberlain, allá se van con la Utopía de Thomas Morus, la Ciudad del Sol de Campanella y el proyecto de paz perpetua de Emanuel Kant.

———

Voy a traducir a mi modo una frase famosa de Clausewitz: Los soldados continúan a puñadas lo que empiezan los políticos a bocanadas.

———

La modestia es coja, y llega siempre a los postres. Cuando llega.

———

¡Cómo sabe la música entonar la canción de la vida! Dichosos los que logran oírla.

———

Todos tenemos nuestro libro, el nuestro, delante de los ojos. El apasionado lee lo que le exige su pasión, el interesado lo que le damanda su interés. El libro de lo real. ¿Hay quién lo lea?

———

¡Cómo se ingertan unas en otra las costumbres, durante generaciones! Cuándo el cabeza de familia se levantaba ogaño en la mesa, para rezar el **benedicite,** ¿podría presumir que estaba repitiendo la práctica helénica de invocar a Zeus en idéntico caso?

———

Humorismo, con alas al viento; verismo con plomo en las alas. Son los dos polos de la aguja de marear con que navegamos.

———

¡El espíritu del tiempo! Cómo nos pagamos de palabras. ¿Quién vé bastante lejos en torno suyo, para saber lo que hoy priva, lo que domina? Si es que algo priva y domina. Su espíritu es para cada quisque el espíritu del tiempo.

———

Bismarck era nocherniego. Y ante su retrato salta a los ojos su aspecto de buho.

———

Ver la vida con ojos risueños es privilegio de la juventud. Dichosos los que logran conservar serena la mirada, cuando los años hacen cambiar la perspectiva y van cayendo sombras sobre el horizonte luminoso.

¡Mirar hacia atrás! Lo menos posible. Los escollos, los abismos están delante.

Enrique José Varona

Carmen Lyra

= *Envío de la autora.* En Escasú, C. R. =

Masferrer me había hablado de ella, de su energía, de su obra desarrollada sobre perspectivas de aliento y esperanzas; antes, pues, de venir a Costa Rica habían germinado ya en mí vehementes deseos de conocerla. Mis deseos fueron realizados, y después de tratarla, mi admiración y aprecio por ella no tienen límites. Nada de fingimiento ni pretensión en sus modales. Natural, sincera, ardorosa e inagotable de fervor y piedad para los demás; esa es la personalidad de Carmen Lyra.

Hace poco fuí a visitarla a la Escuela Maternal; era la hora de dar la leche a los niños; tan pronto como los llamó, alegres y bulliciosos la rodearon; ella, afable, con su corazón rebozante de amor y ternura, les ordenó ponerse en fila, y, con la solicitud de una madre, pero una madre consciente de su deber y de su responsabilidad, comenzó a repartirles la leche, pero no antes de persuadirse de que habían observado las reglas impuestas de higiene. Cabe aquí repetir las palabras de Thomas Hurter—refiriéndose a la madre: "Tendrán otros maestros en la escuela, pero ninguna cuya influencia sea tan amplia y duradera".

Sencillamente, Carmen me pareció en aquel momento una madre con sesenta o setenta niños, pero no una madre que sólo se preocupa por las necesidades materiales de sus hijos. Su primordial objeto es defenderlos del arroyo de la corrupción, inculcando en sus ánimos la pureza, la verdad, la justicia y el amor hacia sus semejantes; formando así de ellos, en vez de esclavos sumisos de la hipocresía social, hombres y mujeres libres, capaces de comprender su derecho y responsabilidad para con la sociedad humana.

Anhelar lo más alto, servir al más humilde, y abogar por el oprimido, he ahí la norma de su vida. Su labor es bastante difícil, pero no desmaya, comprende que toda actividad virtuosa y desinteresada tendrá que triunfar, y así avanza en su lucha, serena y firme, segura de sus pasos.

Susana de Larach

Stéphane Mallarmé, poeta enigmático

Versiones de Rafael Lozano

BRINDIS

Nada, esta espuma, vírgenes versos
que no dibujan sino la copa;
tal a lo lejos traza una tropa
de ondinas giros muchos inversos.

Vamos bogando, oh mis diversos
amigos, yo voy ya en la popa,
pero vosotros que nadie os copa
vais domeñando mares y cierzos.

Mi ser embarga dulce mareo
sin que me arredre por su meneo
al levantarme para brindar

soledad, isla, astro que riela
es para todo el que ha de amar
la blanca angustia de nuestra tela.

SUSPIRO

Mi alma, hacia tu frente donde sueña, oh
hermana,
un Otoño sembrado de manchones de grana
y hacia el cerúleo errátil de tu mirar angélico,
fiel se remonta, ¡como en un jardín quimérico
un blanco chorro de agua que hacia el azul
suspira!
—Hacia el azul doliente de Octubre que se
mira
en los estanques donde se refleja su tedio
y consiente, en la linfa aurea por el asedio
de las hojas cobrizas que dan su postrer brillo,
que yerre un rayo exhausto de este sol
amarillo.

TRIUNFALMENTE EVADIDO...

Triunfalmente evadido aquel suicidio her-
moso
¡tizón de gloria, sangre por espuma, oro, gesta!
Oh reír si allá lejos la púrpura se apresta
a exornar como regio mi sepulcro engañoso.

¡Qué! de todo ese incendio ni el jirón lu-
minoso
persiste, es medianoche, en nuestra sombra
en fiesta
excepto que un tesoro arrogante de testa
vierte su acariciado arrobamiento umbroso:

la tuya sí ¡que es siempre la delicia! La
tuya
sin igual por que logra que el cielo la circuya
con su pueril victoria tocándote al desliz

con fulgor cuando sobre los cojines la posas
como un casco guerrero de niña emperatriz
que para figurarte dejara caer rosas.

SUPLICA FUTIL

¡Princesa! para envidia la Hebe que te acate
y se asome a la taza donde abrevan tus
fiebres.
Uso mis flamas pero sin discreción de abate
y a figurar no llego desnudo sobre el Sevres.

Como no soy faldero, ni carmín, ni azafate,
ni tampoco soy juego de salón que celebres
y como a pesar mío tu mirada me abate,
¡rubia que tienes por peluqueros a orfebres!,

nómbranos... tú que ríes y un cerco de
frambuesas
circunda el parvo aprisco donde ovejas me-
llizas
balan a los delirios y pacen las promesas,



Stéphane Mallarmé

La litografía del crayón de Whistler da la actitud, el aire y el aspecto que tenía Mallarmé en sus charlas de la Calle de Roma, inteligentes y dulces.

Remy de Gourmont

Stéphane Mallarmé, genio esencialmente formal, llegado poco a poco a la concepción abstracta de todas las combinaciones de figuras y de giros, convirtióse en el primer escritor que haya osado considerar el problema literario en su absoluta universalidad. Permitidme decir solamente que él concibió como ***álgebra*** lo que todos los demás no pensaron mas que en la particularidad de la ***aritmética.***

Paul Valéry

---

nómbranos... y que alado Amor de un
abanico
me pinte modulando la flauta; te suplico,
princesa, nómbranos pastor de tus sonrisas.

LA TUMBA DE EDGAR A. POE

Tal como fué en sí mismo la eternidad lo
entrega,
Hoy el bardo provoca con acero blandido
a su época atónita de no haber conocido
que la muerte triunfaba en la voz que nos
lega.

Ellos, como la hidra que ante el ángel se
pliega
si al decir de la tribu da un más puro sentido
con pregón denunciaron el conjuro bebido
en fuente deshonrada que de negro se anega.

A la tierra y las nubes hostil ¡dolor aleve!
si la idea no graba ningún bajorrelieve
cual la tumba de Poe muestra ser esculpida

mole que tal se antoja de algún desastre
obscuro
que esta piedra a lo menos para siempre
erigida
marque el linde al Blasfemo si ronda en lo
futuro.

EL DIA, TAN VIRGINEO...

El día, tan virgíneo, tan bello y tan jovial,
¿va a romper con un ebrio aletazo este duro
lago de olvido, hielo que oculta en un conjuro
los vuelos malogrados transparente y letal?

Un cisne de otro tiempo se acuerda de que
es tal:
magnífico se inmola con un desdén seguro,
pues no ha elevado nunca su voz en este
obscuro
paraje por el tedio estéril y glacial.

Sacudirá su cuello esta blanca agonía
castigo que el espacio le inflige al ave impía,
mas el horror del suelo no logrará un vaivén.

Fantasma, sin dejar que su blancor se tizne,
se inmoviliza al sueño helado del desdén
que cubre en el exilio tan inútil al Cisne.

APARICION

La luna se afligía. Serafines llorosos
soñaban, con el arco en los dedos saudosos,
en la calma infinita de vaporosas flores
y, procurando alivio a celestes rigores,
desprendían sollozos de sus murientes violas
que cruzaban el puro azul de las corolas.
—Era el día bendito en que me diste un beso.
Pero me atormentaba mi pensamiento obseso
sabiamente embriagado de aroma de tristeza
que, sin pesar alguno y con toda certeza,
da el Sueño conseguido a quien lo ha realizado.
Erraba, pues, los ojos en el embaldosado
cuando, transfigurada, yo te vi aparecer
en mitad de la calle y en el atardecer,
con la luz del poniente prendida en tus ca-
bellos:
me pareciste el hada de mis sueños más bellos,
de mis sueños de infancia de chiquillo mi-
mado,
que de pronto surgía con un nimbo dorado
dejando que sus manos regase mal cerradas
nevados ramilletes de estrellas perfumadas.

BRISA MARINA

La carne ¡ay! es triste y sé los libros todos.
¡Huir! ¡Muy lejos! ¡Siento que hay pájaros
beodos
de estar entre la espuma incógnita y los
cielos!
Nada, ni aquel vetusto jardín de mis anhelos
podrá guardar mi alma que el mar salobre
añora
¡oh noches! ni la yerma luz de la veladora
sobre el papel vacío que defiende la albura
y ni la joven madre que nutre a su criatura.
Sí ¡quiero partir! Steamer sin ningún alboroto
¡leva el ancla y condúceme hacia un país
ignoto!
Un esplín, desolado por múltiples señuelos,
¡confía en el supremo adiós de los pañuelos!
Quién sabe si estos mástiles, de terribles pre-
sagios,
sean de los que el viento inclina a los nau-
fragios
perdidos ¡ay! sin velas ni islotes lisonjeros...
Mas, alma mía, escucha: cantan los marineros!

Stéphane Mallarmé

Con el traductor:
2708 Golden Str. El Paso. Texas. U. S. A.

DOS MISTICOS:

González y Esquiú

= De *La Nación*.—Buenos Aires. =

Pocos han admirado a Fray Mamerto Esquiú tan fervorosamente como Joaquín González. Sin embargo, fueron muy distintos, en las formas, aquel santo y este sabio artista. Uno hizo voto de castidad y de pobreza, cumpliéndolo hasta la abnegación y el martirio, remontándose a la región seráfica donde mora Francisco de Asís. El otro rozó todas las formas del mundanal torbellino y sube a la gloria eterna en alas de la belleza. Allí se unen las dos personalidades, desprendidas de todo lastre material, en liviandad etérea, que les permite ascender confundidas, después de haber roto para siempre el paralelo provisional que les trazó el destino.

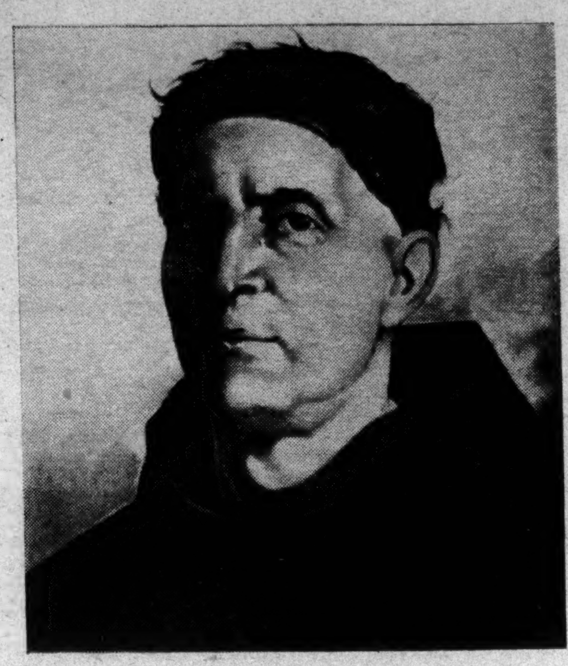
Esquiú "se ajustó a los números solemnes y apostólicos".

Sin duda González oyó, en el fondo de su alma, voces y anuncios celestiales que le inspiraron el hondo amor de justicia, de verdad, de belleza, tramos de la escala divina que nos aproxima a Dios. En sus últimos años no hablaba ya el poeta, ni el literato, ni el jurisconsulto, ni el político. Su voz traía el eco grave de los patriarcas y la dulcedumbre de los apóstoles. Su verbo exhalaba olor de altares y de Biblia. Nuevas luces encendíanse en su espíritu, como en un templo. Deleitábase en la visión de los grandes frailes argentinos. A Fray Ramón de la Quintana le dedica una de sus más bellas páginas; el recuerdo de Fray Santa María de Oro lo incendia de misticismo patriótico.

Conoció a Esquiú y tuvo la "felicidad" de absorber, con emoción precursora, su luminosa elocuencia.

"He sentido—decía en su famoso discurso del Senado de la Nación, pronunciado el 25 de agosto de 1921. "Pro estatua al obispo Esquiú"—la impresión profunda e indeleble de su elocuencia, cuyos acentos nunca pueden olvidarse si se ha tenido la suerte de escucharlos. De manera que si pudiera definir su elocuencia en una forma exacta, se podría decir que Esquiú la poseía por revelación de la naturaleza misma, en cuyo seno ha nacido. Estas cualidades, impresas por el medio ambiente en un temperamento de selección, dieron a su voz esa vibración única que sólo los que hemos tenido la felicidad de oírla podemos apreciar en su valor emocional; una vibración de honda melancolía y suave ritmo, que penetraba en las fibras de todos los oyentes aun cuando expresase los conceptos más sencillos de la vida vulgar".

Y en este don de la elocuencia se encuentra, precisamente, una de las diferencias que más los aparta. González no fué orador. Toda teatralidad le repugna. No ha nacido orador ni trató de hacerse. Su voz era opaca y nasal. Sus ademanes casi no existían. Pero es tal la fuerza de sinceridad e inmenso el resplandor de su talento, unidos a

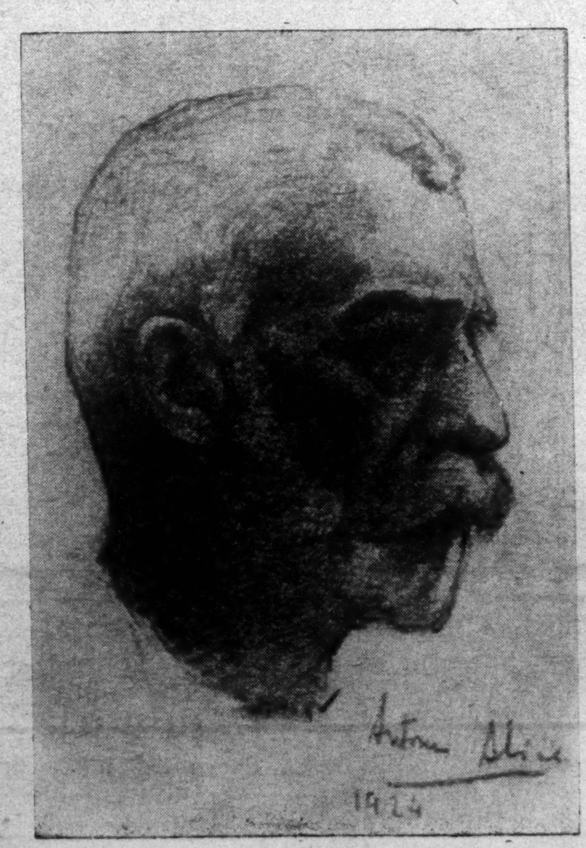


Fray Mamerto Esquiú

cierta gracia que fluía de su calidad gentilicia, que en este discurso sobre el fraile catamarqueño, como sucedió en otros, consiguió arrancar a la sala absorta una exclamación de alabanza venida de lo íntimo, distinta de los aplausos ruidosos de la política o de la barricada, en los que resuenan bajos elementos aleatorios.

Aquellas cálidas y dulces manifestaciones de amor a un representante de la Iglesia Católica, dichas por una de las cumbres más altas del liberalismo argentino, fueron lección de tolerancia y rayo de luz a la intransigencia facciosa.

En la esencia sublime del amor se tocan las almas, desaparecida la barrera de intereses que forman la desconfianza, el rencor, el egoísmo, la vanidad. En el silencio y recogimiento se acercan unas a otras, tímidas y pudorosas; se conversan, como lo advierte un escritor europeo, haciéndonos imaginar una tertulia de palomas.



J. V. González

———

Una noche, avanzada la hora, un fraile desconocido, que por su aspecto fatigado y el desaliño de su indumentaria parecía venir de un largo y penoso viaje, llamó a las puertas del histórico convento de Tarija.

El sacristán, somnoliento y malhumorado, dió paso al forastero, y le indicó para su reposo una celda lejana, donde en compañía de otro sacerdote podía descansar hasta el día siguiente. Antes de que la claridad del alba penetrase a la celda, el compañero de Esquiú—porque éste era el recién llegado—tomó sus útiles de labranza y salió para el campo, regresando obscura ya la noche. Sin saludar casi, acercó un banco a la rústica y desmantelada mesa en la que lo esperaba la frugalísima comida que devoró.

Esquiú, sentado frente a la ventana pequeña y cuadrada, se hallaba en uno de sus momentos de embelesada meditación. Un rayo de luna le iluminaba el rostro y afinaba su éxtasis en tenue palidez.

¡Quién sabe la inquietante y misterioso sugestión que sintió en sus adentros el fraile de Tarija, cuando un aviso sin palabras hizo que contemplase profundamente al desconocido y le preguntase con raro anhelo!

—Hermano: ¿usted viene de la Argentina?

—Sí, hermano...

—¿Y es verdad que anda por ahí un sacerdote muy inspirado, un orador que los pueblos siguen llenos de fe, que se llama Fray Mamerto Esquiú? ¿Usted lo conoce?

—Sí lo conozco, hermano, y puedo asegurarle que es como cualquiera de nosotros... No tiene nada de extraordinario.

En idénticas circunstancias, González y Esquiú hubieran experimentado la misma atracción de sus almas afines. Las preguntas fueran iguales, y las respuestas, fundiéndose en la base, resultarían distintas sólo en el desarrollo y ramificaciones. Así la estructura legal y orgánica de dos religiones que con principios semejantes se apartaran en la expresión poética de la concepción.

———

Los dos han nacido en las montañas y sus moldes intrínsecos parecieran haberse calcado en las aristas inmortales de los bloques que, en procesión gigantesca, van azulándose hasta el cielo, vistiéndose de infinitos matices durante el día, supersensibles a la multitud de rumores ocultos y al lenguaje luminoso de

los astros, en la noche. Y como la montaña grave, espinosa y arrugada, dice su palabra de ternura y de amor en la flor de los cardones, lirio blanco e incandescente, o en la vertiente purísima, en aquellos espíritus sublimes el verbo se hizo amor y el verbo fué lumbre y perfume en el altar patrio.

En nada es más pequeño el místico de Samay Huasi que el santo de Piedras Blancas. Y ambos podrían realizar milagros, con gran fuerza y potestad, si llegaran a perturbar a estas sociedades factores de disolución y de ruina.

———

González fué opulento y generoso como el rey Salomón. Su prosa era la corriente desatada de las crecidas. Todo lo invade. No le quedaba nada por decir y aun sugiere lo que por estética no podía entrar en la composición, pero que tenía cualquier relación con ella. Trabajaba de noche, y cuando tomaba la pluma no quería dejarla sino agotado el asunto. Vivía semanas enteras en la emoción de lo creado por su genio.

Corregía sus originales sin rehacerlos nunca.

En libros gastó una considerable fortuna. Compraba las ediciones más lujosas.

Todo lo que usaba era legítimo y de mucho valor.

Su mesa se hallaba siempre llena de convidados. Su casa, abierta incondicionalmente a sus amigos. Su biblioteca fué institución pública.

No aparecía ninguna novedad en el mundo, sin que él la adquiriese. De mañana, alrededor de su gran cama salomónica, de cortinados verdes, con pequeñas bibliotecas laterales, se veían, caídos, libros nuevos, revistas recién llegadas, diarios y manuscritos, todos con sus marcas indicativas.

Lo mezquino, lo pequeño, producíanle indignación. Recuerdo que una vez rechazó, irritado, una bandeja porque traía pocas masas.

—Estas miserias... En un país rico...

Le agradaba que sus amigos bebieran vinos selectos y costosos cuando él pagaba las adiciones.

Durante la comida—no acostumbraba a almorzar—solía estar locuaz y nos contaba pasajes novelescos de su vida, de un interés tan grande que nos obligaba a un silencio casi absoluto. Se encantaba en el relato de anécdotas, y en ese género era una verdadera enciclopedia.

—A mí me gusta todo... la buena mesa... el juego... los libros... Los libros son mi pasión y me han salvado de todos los vicios; cuando estoy con ellos, me olvido de todo. La mujer, el teatro, la danza, la amistad... Tengo el culto de la amistad... La música... Yo mismo soy un instrumento musical. ¡Pero si yo había sido hecho sin puertas!

Si publicaba algún artículo, iba él mismo a corregir la prueba, y esperaba la noche entera, presa de intensa excitación, al diario donde aparecía.

Necesitaba cualquier persona para leerle sus originales, y no ocultaba su satisfacción si se los elogiaban.

Todo lo saboreaba—por así decirlo—con cierta especie de glotonería infantil. Sonríe a la brisa que llega de los cerros riojanos y dice:

—El Famatina sabe que regreso y me envía su saludo.

Junta violetas a la mañana y absorbe, embriagado de ensueño, su fragancia.

Se sienta en una alta piedra, y en la expresión de sus ojos se advierte que se abraza espiritualmente con la montaña.

El reparte la comida en la mesa, y deja—sonriendo—que cada cual se sirva su fruta.

Y a la misma muerte la recibe con goce extraño, en polémica con los optimistas.

—Me dicen que no tengo nada y no hallo en qué estar—decía, refiriéndose a su extenuación física.

———

—¿Has notado, hijito, que esta mañana estoy muy contento? ¿Sabes por qué?

—Sí, observo que está usted alegre, padre, pero ignoro la causa—respondió el joven González, que visitaba a Fray Mamerto.

—¿No recuerdas, entonces, mi teoría de la felicidad, que consiste en el cambio, en la renovación?

—Sí, la recuerdo, y no veo cambio alguno.

—¡Cómo! ¿No adviertes, hijito, que a la cama la he puesto en ese rincón, a la mesa en el medio, al crucifijo al frente y a la silla a este costado? Este es el cambio que me hace feliz.

Y era todo el moblaje del ilustre franciscano.

Vivió en la más estricta pobreza y humildad hasta su muerte.

Ocultaba la vestimenta episcopal tras el hábito de la orden, hasta confundirse con el más modesto e ignorado frailecito.

Una noche esperaba el tren en una estación de Catamarca, cuando hizo rayar su caballo uno de esos característicos curas de campaña llenándolo de polvo al obispo Esquiú. Sin mirarlo siquiera, le dió las riendas y con tono imperativo le ordenó:

—¡Tenga, hermano!

Se llegó a la ventanilla, compró un boleto y requiriendo las riendas, entregó el caballo a un peón que llegaba atrasado.

—¡Gracias, hermano!

En el tren desató una charla sonora y chocante, hasta que alquien le advirtió:

—Ese que está sentado en aquel rincón es el obispo.

El cura lo reconoció entonces, y postrado de rodillas le pedía, arrepentido, mil perdones.

Esquiú, lleno de aflicción, no atinaba cómo hacerle comprender "que no había ofensa y que todos estábamos para servirnos mutuamente".

Huye de ruidos y de pompas. Los elogios lo afiebran y lo recluyen.

———

Escribe sus sermones y sus pláticas. Los rehace varias veces. Se inquieta con grandes dudas sobre los mismos. El ha contado las tribulaciones que le causó el

sermón sobre la Constitución, pronunciado el 9 de julio de 1853, en Catamarca.

No cita sino los Evangelios. Evita toda erudición, para que surja límpida la inspiración de su alma.

En González y en Esquiú se hallan los mismos tonos de dulzura cuando aquél habla de su hogar en las montañas, de las puestas de sol, de las tradiciones nativas, y éste de las virtudes excelsas de la Virgen, de los ritos, de la caridad, de la ley, de la cordialidad cristianas.

Cantan sus voces un solo himno de patria cuando Esquiú se horroriza frente a los rastros sangrientos y macabros de las guerras civiles y predica la obediencia de la grey argentina, y González evoca el amor de Cristo en sus "Estudios de Historia Argentina".

Paz y solidaridad, repiten ambos. Uno después de la batalla de Pavón y el otro en medio del turbión electoralista.

Esquiú alaba la unidad política con la capitalización de Buenos Aires. González clama por la unidad espiritual de la raza dentro del territorio, sin privilegios de regiones, para fundamentar sólidamente la nacionalidad, en su grandioso discurso sobre el censo, pronunciado el año 1918.

Esquiú y González descienden de las familias coloniales, que son las que dieron prohombres al país.

Estos dos hijos de la montaña predicaron con idéntica fe el amor entre los hombres.

Lo que brota de la inspiración de Esquiú se llena de ciencia en González.

Los dos están en el espíritu y la gloria de Cristo, y en él se unen como las luces de dos astros en el espacio infinito. infinito.

Jorge Luna Valdés

FRAY MAMERTO

Con motivo del cincuentenario de la muerte de fray Mamerto Esquiú se han evocado una vez más los rasgos que dan vigor y belleza a la existencia del gran monje, que fué obispo de Córdoba. Sobre fray Mamerto se han escrito libros; se han compuesto cánticos que alaban su vida piadosa, celebran sus virtudes y glorifican su humildad. Sacerdote de ardiente predicación, de caridad militante, se nos impone en su acción como un franciscano de tiempos no tan cercanos a los nuestros, como si surgiera más en la hagiografía que en la historia. Sin embargo, pocas figuras tienen tanta vitalidad permanente, tanto fuego perdurable como la de este fraile que manejaba ideas, que trabajaba con su grande palabra en la formación del país. Sus días duran suavemente, su recuerdo es un vasto recuerdo de santidad. Es que fray Mamerto Esquiú era efectivamente un santo poeta, combativo y misericordioso: "un báculo que era como un tallo de lirios"—dijo Rubén Darío en un salmo consagrado a su memoria.

Alberto Gerchunoff

(*Caras y Caretas*. Buenos Aires).

Economía Doméstica. A

Pláticas para mujeres campesinas y de poblaciones pequeñas

Antes de que trabaje este asunto anunciado, le voy a enviar una serie de diez pláticas que me pidieron para darlas por radio a las mujeres campesinas. Han gustado; si las cree dignas de Repertorio, publíquelas.—Elena Torres

(Fragmento de carta al Editor de *Rep. Am.* México, D. F. Enero 14 de 1933).

Si tú, mujer campesina,—y también la que vives en pequeños pueblos,—cuidas de tu hogar con esmero, atiendes siempre a que tus comidas sean sencillas, abundantes y sanas; confeccionas tus ropas dándoles amplitud y belleza, usa para ellas materiales durables y que sean de fácil aseo. Procura que tu casa, pequeña o amplia, sea agradable y limpia, para estar en ella con alegría... Si haces todo esto, repito, habrás principiado a poner las bases de una sabia Economía Doméstica.

La simplicidad de tu hogar facilita un aseo escrupuloso, requiere un cuidado lleno de amor y una sabia dirección cuyo secreto está en hacer todo ordenadamente.

Para obtener esa armonía en la vida hogareña, no hace falta haber asistido a la escuela. Si has ido, será mucho mejor. Pero el simple conocimiento de los libros no te dará la aptitud de ser mujer. De ti misma tienes que sacar las cosas fundamentales para hacer en tu hogar una vida elevada, digna de seres humanos.

Todas las mujeres, ignorantes e instruídas; ricas o pobres; jóvenes o viejas, pueden fomentar la realidad de una vida diaria llena de ideales y plena de esfuerzo ordenado.

Mujer mexicana, tú que atiendes a estas pláticas, prométete a ti misma esforzarte por mantener la pureza de tu hogar, que no penetren en él los vicios o las malas pasiones.

Ayuda a tu marido a conservar su virtud. Que sea viril, que sea recto, que sea justo, en una palabra que sea hombre.

Cuida de la salud de tus hijos: que coman abundante y sencillamente, que vistan con modestia pero limpiamente; la manta, y otras telas baratas y durables, son hermosas si se mantienen limpias. Con tu ejemplo los niños trabajarán alegres, te ayudarán; pero cuida de que no se fatiguen.

Esos tres ideales que te presento son los que tú persigues, son muy humanos, muy generosos, muy legítimos. Tú tienes hijos, tienes casa y tienes marido; son los elementos para constituir un hogar.

Cada mujer que tiene familia a su cargo, es una maestra. Su escuela es buena o mala, pero en ella se aprende.

Tu hijo aprende de ti, tu marido lleva por todas partes la impresión de su casa. La impresión de él se traduce en el deseo de estar rodeado de sus hijos y de su mujer, o bien, en el deseo opuesto: mantenerse lejos el mayor tiempo posible.

La situación de los hogares, buena o mala, es la que determina en un pueblo, en un país, su valor social,—superior o inferior.

Ya sé que tú no eres responsable absoluta de lo que pasa en tu hogar. Tu marido, tu padre, tu hermano, son también responsables. Ellos deben aportar recursos y no sólo materiales; pero esta plática es sólo para ti, mujer mexicana campesina, de quien depende el porvenir del mayor número de mexicanos y, por eso mismo, el futuro de nuestro país.

Cada mujer es un mandatario en su hogar, y, según un dicho antiguo, "el mandatario sabio usa de prudencia en sus dichos y de orden en sus acciones". Se tú un mandatario sabio en tu hogar.

No regañes a tus hijos con malas palabras, no les grites. Aconséjalos quedo, llama a las puertas de su corazón y ellos responderán generosamente. No siembres en ellos las malas semillas de la ira y del rencor.

Diles que son hombres y mujeres, y que tienen que ser libres, y que para ser libres tienen que manejarse con bondad y diligencia.

Ser en todo templados, es decir moderados. No excederse en comer, no excederse en beber, no gastar más de lo que se posee, no ser codiciosos y no envidiar. Si ellos son moderados en el uso de las cosas, mantendrán sus cuerpos sanos.

Si no son codiciosos poseerán las cosas, con la alegría que da el premio del esfuerzo. Si no envidian se regocijarán con su propio bien.

Enseña a tus hijos a ser sinceros, a que digan sí o no, simplemente: que hagan ver a sus amigos lo que les desagrada y que nunca murmuren de ellos.

Sobre este ideal, y con tu esfuerzo constante, conseguirás:

Pureza en tu hogar,
Virtud en tu marido y
Salud en tus hijos.

Tu hogar queda fincado cuando obtengas estas tres cosas.

Oye bien esto: no todas las casas son hogares. En el hogar hay amor, limpieza, abundancia y orden.

Te diré hoy, ya para terminar esta conversación, que la economía doméstica no consiste en saber guisar muy bien, coser y arreglar la casa. Estas son cosas útiles cuando están manejadas por una ecónoma. Es decir, por una mujer que sabe distribuir los recursos; que conoce las necesidades de cada uno de los miembros de la familia y que tiene el amor de la familia como la más grande riqueza de su hogar.

La mujer de hogar es firme como una roca; la pureza de su hogar, la virtud de su marido y la salud de sus hijos, sobre ella descansan.

Elena Torres

INSTANTANEAS

Rasgos, gestos, hechos y actos

= *Envío del autor.* Madrid =

Hay una sección consuetudinaria en la prensa de todos los países que es la caricatura. Ella refleja, entre rasgos y risas, toda la tragedia que se desenvuelve cotidianamente. El caricaturista, con el pie de su caricatura, sabe controlar, día a día, el latir variadísimo de su nación.

Al inaugurar esta sección, para **Repertorio Americano**, pretendemos consecuencias análogas. No hacer de caricaturistas. Sí de escuetos reporteros de la actualidad española, y americana. Anotadores de sus momentos negativos, cómicos por sí solos. Caricaturizados, sólo al ser reseñados. Momentos que, no obstante, llevarán casi siempre un pie nuestro, nunca burlón, sí agudamente crítico. (Y agudeza es lo que deseamos, al inaugurar el escueto comentario de la actualidad, que no puede ser termometrada en su totalidad, sino es analizada en sus puntos flacos. En esos puntos flacos que la prensa nos cuenta al oído, y que al lector a veces, se le escurren. Puntos políticos, sociales, artísticos. Pequeños deslices, que controlados, irán semanalmente, en estas columnas).

E igualmente, que los momentos perjudiciales llevarán nuestro acerbo comentario, esos otros atisbos, gestos, hechos y actos, que nadie pondera, ni resalta, recibirán de nosotros, el correspondiente homenaje.—**E. A.**

Don Marcelino Domingo, ha dicho una vez más: "La honda transformación que está experimentando nuestra vida pública".

Y una vez más, aconsejamos una pura transformación: El olvido rápido de los tópicos.

—

Sabida supongo,—de transmitirlo se habrán encargado las agencias,—la muerte del poeta y académico español, don Manuel de Sandoval.

Pasados unos pocos días de luto, el mundo intelectual español, se ha apresurado a divagar, sobre los meritorios aspirantes.

Azorín, Ignacio Bolívar y Julio Casares, han propuesto para candidato a Enrique Díez-Canedo. Más tarde, otros tres académicos, han elegido como rival, del crítico español, un contrincante, de tipo conservador, pues para compensar el pensar liberal del señor Díez-Canedo, dicen se pensó en don Luis Araujo Costa.

En una nueva ojeada, otro turno de académicos, se fijó en don Miguel de Unamuno.

Enrique Díez-Canedo, inmediatamente, escribió a sus padrinos de sillón, diciéndoles: "Presentada a la Academia Española la candidatura de don Miguel de Unamuno creo que procede retirar la mía, amparada desde la primera hora por los ilustres nombres de ustedes. Ya saben que esta fué mi actitud en cuanto sonó el nombre de Unamuno y a él se lo dije personalmente antes de que trascendiera al público.

Les ruego, pues, que se consideren desligados de todo compromiso para conmigo. Yo soy el que les queda para siempre obligado con un lazo más que refuerza los de antigua admiración y amistad con que me reitero su más devoto servidor".

Por su parte, el señor Araujo Costa, no teniendo mucha prisa en retirarse, confesó a un reportero de un diario: "Don Miguel es indiscutible, y sería insensato pretender disputarle ese puesto, al que tiene indiscutible derecho. Lo que sucede es que no veo la necesidad de precipitarme. Cuando llegue el momento presentaré mi renuncia: pero hasta tanto, no. Es preciso respetar los reglamentos, que marcan plazos fijos para estas cosas, y además no quiero violentar la decisión, que agradezco mucho de los ilustres académicos que me propusieron. Además... que hace falta ver si don Miguel sigue pensando como hasta ahora en el momento de la elección. Si él llega a esa fecha dispuesto a aceptar el puesto, yo me retiraré entonces. Pero, ¿y si él se retirase antes por cualquier causa imprevista? ¿Si de tres candidatos se viera la Academia en el caso de no tener ninguno? Esto es, sencillamente lo que me aconseja no retirarme hasta el momento oportuno".

Un poco largo; si bien, no tanto, al no necesitar comentario por nuestra parte.

—

Todo el mundo espera la decisión de Unamuno. De don Miguel de Unamuno. De Miguel de Unamuno. Pues Miguel de Unamuno, nos suena más eternamente joven; más don Miguel de Unamuno.

Se asegura que aceptará.

Nosotros, creemos que Unamuno, empieza a corregirse: Si lo que se dice, ejecuta, cometerá el acto, menos unamunesco de su vida!

—

Federico García Sanchiz, ha iniciado una serie de charlas. De esas charlas de García Sanchiz, dulces, amables como un cigarrillo turco. Esas charlas, que demuestran, si no la profundidad del escritor—el público que escucha al señor Sanchiz considera esta dimensión, algo superfluo—su elegancia, sus propiedades de buen "causeur". García Sanchiz, nos va a hablar, durante tres charlas, de Oriente.

En su primera, escuchamos un comentario, que hacemos nuestro respetuosamente:

—Federico García Sanchiz, es la Josefina Díaz de Artigas de la literatura. No dice nada... pero lo dice también.

(Creímos estar viendo una de las últimas comedias de don Jacinto Benavente).

—

El susodicho charlista, dice ser un hombre moderno. Muy moderno. Con todas las desventajas, por lo visto, que los superfluos han acumulado sobre esa palabra.

Porque de puro moderno, don Federico, terminó una charla preliminar de las arriba apuntadas, dada por radio, con algo de lo más antiguo, y poco imparcial—aspiración suprema al parecer del señor Sanchiz—diciendo: "Gloria a Dios en las alturas y paz en la tierra a los hombres de buena voluntad".

—

En el museo de arte moderno, Moreno Villa, ha expuesto 25 pinturas y 25 grabados y dibujos.

En el círculo de Bellas Artes, Pedro Flores, ha presentado unos cuantos monotipos, sumamente interesantes.

El primer pintor, no ha comprendido el problema de las influencias: Para él, la influencia es imitar, plagiar, nunca asimilar y más tarde crear. Así, el señor Moreno Villa, tiene patentes restos de Picasso, Benjamín Palencia, etc.

El segundo, lleno de un profundo es-

pañolismo, plasma y encarna ese movimiento interesante, que en arte se está iniciando, de evocación del pasado, por espíritus modernos. Su exposición ha resultado interesante. Si en algunos cuadros, no están eliminadas las influencias, en otros, Pedro Flores, ha logrado cuajar innúmeras preocupaciones.

Moreno Villa, ha sido comentado largamente, si con la abundancia que en España, se conceden a las cosas de arte.

Pedro Flores, no le hemos visto premiado, más que con algunas líneas.

——

También supongo enterado al público americano, del viaje que a España ha girado, el presidente del gobierno francés, Eduardo Herriot.

Con motivo de este viaje, Herriot, no sólo ha sido homenajeado "ex abundantia cordis", sino que ha motivado, la forzosa obligación del "bombo" en todas las ramas:

Adolfo Salazar, crítico musical, alababa sus condiciones musicales, considerándolo, como gran compañero.

Los dibujantes, lo hicieron esclavo de sus creaciones. Distinguiéndose Manuel Tovar, Luis Bagaría, Santa Cruz.

Luis Gómez Mesa, lanzó su artículo: "Herriot, propulsor del cinema francés".

Un crítico de libros, vióse forzado a comentar "Beethoven" y "Madame Recamier".

Y Cipriano Rivas Cherif, no lo dejó sano,—de elogios,—en otro artículo. Del viaje hemos deducido: Eduardo Herriot, es una enciclopedia. Pero las enciclopedias...

——

Sólo en un periódico, leímos la declaración, más enciclopedista que sobre el Greco, ha podido plantearse.

Don Eduardo Herriot, cuaderno de notas en mano, ante los cuadros del Grego, que existen en una de las salas del Museo del Prado de Madrid, después de asegurar que los conocía ya todos de otra vez, los fué recordando y ante la visionaria elucubración del "Bautizo de Cristo", exclamó: "No hay duda que el Greco a su aberración imaginativa debió de unir una aberración de la vista que le hacía ver todo en el sentido de la longitud, y de ahí sus figuras, alargadas, fuera de medida".

Esto, es lo que por aquí decimos, "ser un lince". Pues el insigne don Eduardo, no sólo se contenta, con denominar "aberración imaginativa" al misticismo, sino que intenta votar en pro de la "desconocida" enfermedad visual.

——

José Ortega y Gasset, en su supuesta retirada política, se ha asomado al ventanal de un diario, y ha dicho: "La República ha tenido en abandono a la juventud. La historia nos dice que si en Roma predominaban los ancianos—senadores—en Grecia la hegemonía la ostentaban los atletas, la gente joven".

Y ningún "republicano neto" les ha dado importancia.

——

Don Angel Vegue y Goldoni, es, según dicen, un gran entendido en materia artística. Pero a veces, tiene aseveraciones como las siguientes: "El partido conservador cuenta o debe contar con un respeto que el crítico ecléctico no regateará en cuanto le consta la licitud de un propósito artístico. En arte, cualquier actitud está bien cuando está bien. Viejo y bueno no significan malo y bueno. Hay viejo bueno como nuevo malo y viceversa".

Contestaremos, a este distiguido crítico, que nunca se entera:

1º—No existen los críticos eclécticos.

2º—En arte sólo está bien, lo que está bien, y sólo hay una actitud: la que ejecuta el que es artista.

3º—Todo lo que se llama "viejo" en arte, es putrefacto. Ni Rafael, ni Tiziano, ni Fray Angélico, por no citar más. Los viejos son los que usted patrocina o dispensa; un ejemplo: Mariano Benlliure.

——

Al señor Rivas Cherif, director artístico de la compañía de Margarita Xirgu y Enrique Borrás, que actúa en el teatro Español de Madrid, no le ha parecido bien, que un crítico monárquico, rechazara la obra de don Manuel Azaña, titulada "La Corona".

No abogamos en favor del susodicho crítico. Ahora bien: si a este señor le parece endeble como pieza literaria "La Corona", en un exceso de "monarquismo", al señor Rivas Cherif, y sus amigos, los críticos que tanto le importan según dice, "por ellos", por el contrario, se les presenta como algo extraordinario, en un exceso de "republicanismo".

Y... váyase lo uno por lo otra, don Cipriano.

Nosotros creemos que no debe discutirse por un "quítame allá esas pajas".

——

Don Jacinto Benavente, ha estrenado, dos nuevas comedias, "La musa gitana" y "La moral del divorcio".

Creimos que no estrenaría este año, ninguna más. Pues "Santa Rusia", ha durado escaso número de días, en el cartel. Y estas dos, son muy inferiores a "Santa Rusia".

Sobre todo, "La moral del divorcio".

Don Jacinto, que sabe lo que hace, hace cosas malas a conciencia, y no con mucho escrúpulo, por servir a una compañía, a una empresa, y a ésta su última comedia, se atreve a denominarla, "Conferencia dialogada".

Cuando don Jacinto, previene, por algo será.

Enrique Azcoaga

Los derechos de César

= *Envío del autor*. Capítulo del libro *El Descendimiento del Poder* =

Cuenta San Mateo que un día, con intención impura, se vinieron a Jesús los fariseos a preguntarle si debían pagar tributo al César. En aquellos momentos el predicador pasaba por el estado crítico de su predicación, habiendo llegado su doctrina a significar un desafío a la sociedad romana.

Jesús, entonces, con la fresca espontaneidad de quien es uno solo en su conducta, en su conciencia, en su pensamiento y en su vida; seguro de que ninguna de las palabras que podría él soltar a los hombres, aunque las dijese como el niño que acaba de despertar, podría romper la armonía de su personalidad, les contestó firmemente:

—Dad al César lo que es del César, y a Dios lo que es de Dios.

Esta respuesta, resplandeciente como una antorcha, podía haber sido dada por cualquier gran estoico, filósofo de Alejandría o de Atenas, que quisiese definir, con precisión y con sencillez, lo que debe entenderse por justicia entre los hombres. Esta respuesta venía a ser la solución de un problema milenario alrededor del cual los hombres, como niños, habían estado en discordia, desamándose los unos a los otros, neutralizando sus esfuerzos por la felicidad y dejando pasar el tiempo, la vida, que les incitaba con voces distantes, a una dedicación mejor a los reales intereses del alma humana.

Mas en aquella definición magistral de lo que se llamaba justicia, Jesús envolvió también, respondiendo al propósito de la malicia oculta de sus semejantes, una declaración expresa que reconocía la realidad del derecho político de Roma: el hecho consumado que venía de las más palpitantes realidades de la conquista material y mental que realizara el genio latino, sobre la base sollozante de los cien pueblos inferiores a quienes su fuerza había sometido.

Jesús, que sabía que primero era la ley y después la gracia, había venido a un mundo que estaba organizado conforme los conceptos jurídicos de la Roma cesárea; a una sociedad donde el denario, la lanza del pretoriano, el escriba, el fariseo, el rabí, denunciaban la asistencia de una entidad superior a los vagos y caprichosos anhelos de la nación judía y que no era otra cosa que el Estado romano.

Jesús estaba frente a un hecho: y no lo discutía. Por lógica y por ética. El sabía que aquella masa inconforme de pueblos sometidos que constituía el imperio romano no debía, ni podía, desconocer la realidad de la victoria ajena, y que el solo camino de la liberación consistía en desenvolver, dentro de la conciencia, las fuerzas misteriosas del alma que a la hora de las crisis del mundo deciden el destino de la humanidad.

Ya antes, Jesús, había aconsejado a los indefensos judíos, divididos por la incomprensión y el egoísmo, ir dos millas con el centurión romano que les pidiese ir una: aceptar la fuerte autori-

dad del vigilante de Roma y relegar sus esperanzas de propia redención a lo que el romano no podía dominar, encadenar ni aprisionar: su propia alma.

Y bien: la sociedad contemporánea también es una sociedad cesárea; con el agravante de que hoy por hoy Roma ha dilatado su imperio por todos los rincones del planeta; de que todos los centuriones, todos los fariseos, todos los escribas, todos los traficantes del mundo vienen a ser pequeñas piezas animadas por la voluntad de un mecanismo universal que no se llama Roma, sino Capital—Estado Capitalista;—y que a ese poder rinden homenaje todas las criaturas.

Hay, dentro ese régimen jurídico, emanado del Lacio, sus violencias, sus dolores, sus crucificciones. En buena hora. Pero ese es el hecho: esa es la victoria. Y no es ni siquiera el hecho que se impone, como pretenden algunos, por la violencia. No; es el hecho que arranca de la necesidad material y psicológica de la sociedad humana. Podrían los hombres, como con la gravitación, pensar de que con la suma de sus esfuerzos han de lograr remover los obstáculos materiales de un sendero; pero no por eso los cuerpos dejarían de pesar y el orden del Universo acomodarse a una realidad superior a todos los anhelos humanos.

Igual cosa podríamos decir de la sociedad presente, de la sociedad capitalista. Hay allí un hecho que no puede desconocerse. Las revoluciones vendrán a echar abajo los imperios. Los de abajo se echarán contra los de arriba. Pero a la larga permanecerá la realidad primera: las jerarquías creadas e inspiradas por la Naturaleza; los móviles humanos, exactamente iguales a los móviles de la primera partícula de protoplasma que fué de un lado a otro en las aguas de las primeras edades; el tuyo y el mío milenarios; la inocencia de Abel y la malicia sorda de Caín.

Frente al hecho de la sociedad contemporánea los hombres no tienen amparo distinto al que el predicador de Galilea indicaba a sus discípulos: ir las dos millas y pagar el tributo a César; pero, **al mismo tiempo,** desenvolver dentro de los moldes de una realidad jurídica poderosa, los resortes nuevos de la vida, las potencias del espíritu; y prepararse, por medio de la conducta diligente, a entrar a la libertad por el camino de la verdad.

Y en efecto: los oprimidos que así se llamen en cualquier parte del mundo deben reconocer que su libertad no estriba en deshacer el arquetipo social, sino en deshacer las cadenas que cada uno lleva dentro de su propia conciencia. Los pobres sólo necesitan de la moderación en sus impulsos, del esclarecimiento de sus inteligencias, del entrenamiento de sus fuerzas, para elevarse irremediablemente y convertirse en los timoneros de esa nave que pretenden hundir; en los señores y los amos del alcázar que ansían infantilmente derribar. El proceso de la historia económica, intelectual y moral de todos los pueblos no es otro que eso: el surgir de los pequeños, la elevación parsimoniosa, pero segura, de los de abajo. Los ricos de hoy son los descendientes de los pobres de ayer. Los sabios de hoy vienen de las almas oscuras que poco a poco fueron despertando tras el largo bregar del trabajo, de la necesidad, de la perseverancia, de la paciencia.

Los oprimidos de todo el mundo, pues, deben pensar que la humanidad futura, aquella edad de oro, de luz, de paz, de inteligencia que todos esperan reventará alguna vez como una rosa de maravilla; pero hoy por hoy ese milagro de la humanidad debe estar así, comprimido, como los pétalos tímidos de la flor antes de reventar el alba.

Es mentira creer que la sociedad capitalista cierra el paso a los humildes. No. Pero esa sociedad quiere jerarquías, los de abajo son los llamados a integrarlas.

—

El estado moderno, en efecto, es una realidad formidable, indiscutible: la sociedad capitalista, repitamos, viene hoy a ser la iglesia universal, la Roma universal. Hay allí un hecho jurídico, moral, humano, que no puede ser ignorado por ningún hombre del mundo. Las conquistas desesperadas de la fuerza en los conquistadores y de la astucia, en los orientadores de pueblos, han establecido derechos que permanecen aún, inconmovibles. El poder de esta Roma de hoy es un poder legítimo, y cualquier clase de hombres en cualquier rincón del planeta, habrían creado una Roma así: dura, inflexible, victoriosa, a veces sin compasión, pero siempre llena del ansia de superarse y elevarse.

Pero nuestra Roma, que se apoya en el derecho, no debe desconocer el hecho. Y el hecho de hoy es que partos, y medas, y galos, y germanos, están dentro de la ciudadela misma, como una oscura fuerza que debemos respetar. Los países modernos y que se llaman civilizados deben darse cuenta que ya no es posible hacer coexistir la civilización con la barbarie, el poderío con el desamparo, el esplendor con la oscuridad, la riqueza con la pobreza. Deben reconocer que cuando las masas mantenidas, por egoísmo o por impotencia, en la oscuridad, constituyen la gran mayoría de una nación, esa nación no puede perdurar. Es edificio que tiene la sal en los cimientos. Es alcázar que se ha construído sobre arena.

Por que los pobres llegarán cualquier día a representar una fuerza, una fuerza cualquiera: ciega, arrebatadora, imposible de detener. Y esa fuerza ciega, brutal, invitará a los de arriba a competir en un terreno en que éstos resultarán vencidos. Esos millones de campesinos oscuros, cuando pierdan el respeto supersticioso a sus amos, y olviden las enseñanzas de sus maestros, no tendrán limitaciones en sus apetitos. Su bandera será una bandera de impiedad. Todo el dolor, toda la desesperación, toda la sombra, toda la noche que allí se amase, se acumule y se reconcentre, se esparcirá como un aliento de destrucción sobre el mundo, y destruirá la civilización.

Los tiempos cambian. Una vez, la iglesia de Cristo—no ya la de Jesús—adquirió el poder y derribó las creaciones absurdas del paganismo. Esa iglesia, más tarde, realizados en parte sus ideales (que fueron extinguiéndose con el tiempo como la llama que no alimenta ya la chispa del primer día) tuvo la fuerza suficiente para gobernar el alma de las multitudes. Pero, como hace veinte siglos, otra iglesia, con un nuevo Jesús, ha aparecido en el mundo, y una fuerza nueva trata de imponerse sobre la tierra. Ceguedad sería desconocer esa nueva y vasta posibilidad humana; y delito de las clases poderosas no procurar, con medios inteligentes, encauzar esas nuevas fuerzas hacia cauces de positiva construcción.

Es indudable que la luz empieza ya a retirar de los caminos del mundo las sombras del egoísmo y la impiedad. Pero en más de algún rincón de la tierra la oscuridad parece haber adquirido la firmeza de un elemento material indestructible. Allí, el banquete de la vida, mareante y resonante, no deja que se oiga el sollozo estremecedor de las muchedumbres.

Allí aparecerá de nuevo la sentencia que sobre el muro incendiado descifrara Daniel.

N. Viera Altamirano

San Salvador, El Salvador. Enero de 1935.

Estampas

La capitulación de Sandino

Hay que organizar las batallas en el rumbo de la cultura

= *Colaboración directa* =

Lector, este anhelo nuestro de ver limpias las patrias nos acerca a la gente nueva que asume una empresa de liberación. La buscamos sin pretensiones de ofrecerle el sostén que la haga triunfar. La seguimos en su obra y sacamos de ella motivos para la reflexión. Esto explica por qué creímos en el rebelde de Nicaragua y lo alentamos en su lucha. Desgracias que son plaga hunden día con día al nicaragüense en un estado de subordinación que acabará con la nacionalidad. Apareció Sandino lleno de la aspiración grande de trabajar por volver a su patria al plano de dignidad y decoro de que fué despojada y creímos en su fe. Nos pareció un hombre que recibía inspiración superior. Cuando el invasor yanqui aliado del criollo descastado lo llamaba bandido, estuvimos se-

guros de que el término estaba mal empleado.

Pero, lector a quien explicamos nuestra conducta, el rebelde nicaragüense capituló. Ahora vuelve a la ciudad a ponerse cuello y corbata, a lustrarse el calzado a la moda, a retratarse en todos los modos y actitudes posibles. Medita, lector, en este pasaje de Gracián: "Formidable fué un río hasta que se le halló vado, y venerado un varón hasta que se le conoció término a la capacidad; porque ignorada y presumida profundidad, siempre mantuvo con el recelo el crédito". Lo dice Gracián en su tratado para exaltar la figura del héroe. Lo traemos nosotros para recordar que estos pueblos dieron al rebelde de la manigua nicaragüense el nombre de héroe. Heroicas fueron sus luchas. Quiso redimir a su nación de muchas vilezas. La mayor era la de la ocupación yanqui y los males dejados por ella. Esos males son incontables. Puede decirse que Nicaragua no tiene más calamidades que las ocasionadas por el yanqui invasor. Lo vió claro el rebelde cuando buscó el aislamiento y declaró guerra al ocupante. Calamidades representadas por tratados humillantes, por imposición de hombres en el gobierno, por entrega de la banca, de la industria, de las riquezas naturales.

Surgió un hombre oscuro a oponerse a la ocupación y la aureola de héroe lo cubrió enseguida. Nicaragua se redimiría y mientras no se redimiera, el rebelde continuaría en batalla fuerte. Nadie pensó que quien proclamaba con tanto varonilidad el amor a la libertad tenía muy cercano el término de su capacidad para empresa de tanta magnitud. Capituló en la peor forma, que es la forma llena de estridencias. Todos sus afanes de redención murieron en un abrazo fotografiado precisamente con el hombre puesto en poder del gobierno por la ocupación yanqui. Allí terminó sus papeles el rebelde. La expresión de Gracián es profunda: **ignorada y presumida profundidad, siempre mantuvo con el recelo el crédito.** Se le creía grande y se esperaba cada día mayor fruto de su lucha. Pero fué la suya presumida profundidad. Cupo en los brazos de un presidente impuesto por los soldados de ocupación que han vuelto miserable la vida del nicaragüense.

Lo que vendrá después de esta tragicomedia está al alcance de todos. Se cumplirá lo que cierta prensa yanqui decía al imponerse a Sacasa la presidencia, esto es, que el Departamento de Estado declaraba fuera de la ley al nicaragüense para luego supervigilar elecciones y dar a ese mismo nicaragüense el mando. Veremos el conflicto de siempre y sonará la voz que llame a gritos la marinería. Los politicastros reñirán por el mando, pero la marinería sólo lo dará a aquél que necesite domesticar, matarle bríos tropicales. No conviene al Departamento de Estado esta rebeldía de los nativos. Cuando los ve armados y metidos en las montañas desafiando a su gente de ocupación, los toma en cuenta para hacerlos sus aliados. De modo que, sin ser profecía, puede decirse que las próximas elecciones supervigiladas en Nicaragua por la marinería yanqui serán para dar el poder a este rebelde que acaba de capitular.

Es una pérdida nada más y una lección sobre todo. Se perdió para la liberación de Nicaragua un hombre que daba muestras de tener un torrente circulutorio reacio al envenamiento producido por las ambicioncillas. Otros nicaragüenses volverán a la empresa. La lección que esta capitulación les deja no pasará sin la meditación.

Alguien podrá decir: "el mayor bien hecho por el rebelde fué haber pacificado a Nicaragua; de manera que está justificado". Preguntamos entonces qué se entiende por paz en una nación. Mentira que es paz el desarme de unos hombres que atisban el instante para matar antes de que se les mate. Podrá dejarse a los hombres sin el fusil, sin la ametralladora, sin la dinamita, sin el machete, pero la fiereza que usan esas armas para destruir no acaba allí. En las ciudades o en las villas serán los mismos hombres que en la encrucijada tendían ansiosa la vista hacia el punto en donde el enemigo movía su persecución. Ya no dispararán, ni darán de machetazos, pero intrigarán y producirán la misma destrucción. Pacificar no es nunca desarmar. El arma es tan solo uno de los medios de manifestarse la incultura del hombre. Vuelto éste al medio del cual partió apertrechado, sentirá el influjo de las mismas corrientes encarnizadoras. El nicaragüense que acompañó a Sandino no se pacifica con el pacto que le quita la carabina y le da una parcela de tierra. Necesitaría un medio que le permitiera el contraste con su naturaleza ruda. Pero sale de la manigua a la ciudad, a la villa, y se encuentra la misma desolación que estimuló en él la pelea. Más tarde otro caudillo le hace prédica redentora o conquistadora y vuelve a la carga. El ambiente es de incultura y nada pacificará allí al hombre.

Y ocurre lo mismo con todos nuestros países. Nicaragua y Sandino son el espejo de la América nuestra. Sólo que, con haber puesto en Nicaragua la marinería yanqui su sedimento de todas las inculturas, se hace más notable la miseria. Las guerras y los despotismos prosperan porque la incultura es aterradora. Los pueblos viven movidos por el politicastro afortunado o por el militarote estúpido. Chocan politiquería y despotismo y el resultado es una lucha bélica salvaje. Cuatro naciones del Sur se destruyen por cuestiones de fronteras. Bolivia y Paraguay han llegado a un grado de africanismo tan grande que constituyen un grave peligro para la América. Colombia y Perú van a seguir el ejemplo y la regresión está ya alboreando en esos países. Nada puede salvarlos de la destrucción, porque la incultura domina los instintos desatados. Si en lugar de estas empresas guerreras se hubieran ocupado los gobernantes de dar cultura, de hacer accesible la escuela al hombre, no serían posibles estos espectáculos humillantes. Pero para la cultura no hay promotores. La guerra sí los tiene en manadas, osados, verbosos, bribones. En Nicaragua las fuerzas de ocupación consumen millones de millones. Todo lo que queda después de cubrir un presupuesto miserable es destinado a menesteres bélicos. Y no se funda un colegio en donde pueda el nicaragüense acabar con su incultura. Se le organiza una milicia funesta y dispendiosa. Al ocupante sólo le interesa su protección y por conseguirla agota hasta la última fuente de riqueza de una nación.

Colombia levanta un empréstito fabuloso para dar comienzo a la guerra y con él compra armas y buques y naves aéreas. Pronto agotará las reservas y buscará el segundo y el tercer empréstito. Todo el dinero será consumido en una lucha infecunda e incivilizada. Perú hace lo mismo, humillado como está por un despotismo infeliz. De esas luchas no queda sino la ruina. Los dineros que debían ocupar los gobernantes para promover la empresa grande de dar cultura a los pueblos, se echan en esos toneles asquerosos que los vuelven fusiles y medios de destrucción.

De modo que en cierto modo el rebelde nicaragüense que acaba de capitular es un producto del medio primitivo de estos pueblos. No hay que culparlo porque se le conoció término a su capacidad. Lo que nos toca hacer es plantear mejor la lucha. La tarea es organizar las batallas en el rumbo de la cultura. No imaginemos que un hombre levantado en armas tendrá poderes de redención. Excepcionalmente surge en esas empresas un hombre superior. Si triunfa el mediocre impondrá su mediocridad y nada habrá conseguido un pueblo, si no es volver más tenaz su incultura. Y seguir esclavizado también. Porque la sumisión al caudillo militar o civil es esclavitud de las más penosas.

Sintamos lo de Nicaragua, pero no cometamos el error inmenso de creer que es mucho lo que ha perdido la libertad. Se apagó una esperanza y asomó con perfiles claros el cacique metido en la politiquería. Nada hubiera adelantado la liberación de aquel pueblo con el triunfo del rebelde que capituló. Sólo habría cambiado de amo. Y para cambiar de amo no vale la pena esperar que se imponga una rebeldía simuladora. La libertad necesita quienes peleen por ella. Mas no confundamos a los verdaderos batalladoras con los improvisados. Aquellos son tenaces y no capitulan. Estos otros gesticulan y finalmente producen la estridencia que despierta la compasión.

Lector, hemos explicado una conducta trayendo la expresión profunda de Gracián. Digamos ahora con él: "venerado fué un varón hasta que se le conocio término a la capacidad".

Juan del Camino

Costa Rica y febrero del 33.

EDITOR:
J. García Monge
Correos: Letra X

REPERTORIO AMERICANO

SEMANARIO DE CULTURA HISPANICA

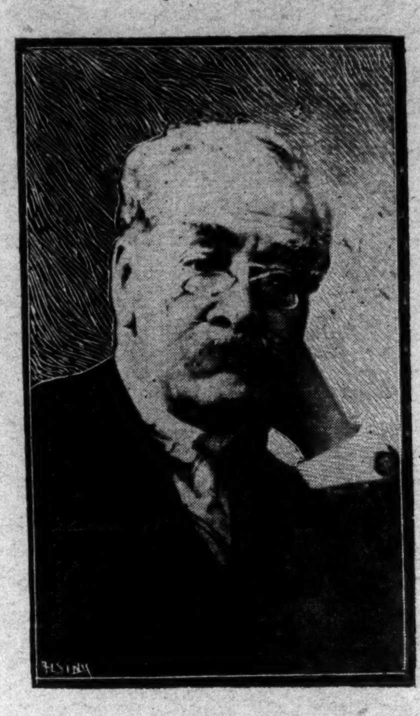
Suscrición mensual, ₡2.00
EXTERIOR: (El semestre, $ 3.50 / El año, $ 6.00 o. am.
Giro bancario sobre Nueva York.

Ricardo Palma

1833—7 de Febrero—1933

MEDALLON

= De *Boletín de la Unión Panamericana.* Washington, D. C., EE. UU. =



Ricardo Palma

"Dejadme a mí hacer las canciones de un pueblo y que otro haga sus leyes", dijo alguna vez una gran alma de poeta. "Dejadme, dijo Palma, hacer la leyenda de mi ciudad y por sobre todas las contingencias con que el legislador crea normas que pasan, perdurará mi creación, alado compendio de una edad que no es ya, pero que será siempre en la conseja amable que del rancio pergamino extraje con la sonrisa en los labios escépticos y una fiesta evocadora y luminosa en el alma".

Y así fué. Palma en sus "Tradiciones" encarna el espíritu de la ciudad antigua. Su frase pícara, su malicia sensual, su devota peregrinación por olvidadas sendas donde pasean caballeros de golilla y damas de encubierta y envolvente gracia, lograron el riquísimo venero. Nadie, entre nosotros, dialogó con más almas, ni transitó por más vericuetos y callejas, ni asistió a más aventuras que el inimitable maestro que nos dió, con la sal de su estilo, la muestra encantadora de lo que fué, o lo que es más grande, de lo que debió ser nuestra vida colonial. Ninguno como él tuvo más galana tertulia ni fué capaz de presentarnos a tanto casuista ilustre, a tanto fraile remolón y engreído, a tanto altivo caballero, a tanta mulatilla chispeante, a tanto y tanto gran señor que al conjuro milagroso del forjador criollo, nos tendieron la mano, nos dijeron alguna agudeza, o nos hicieron temblar con el truculento relato de alguna trágica aventura.

Lima está en Palma y la Lima de Palma es la mejor, la más limeña, la más nuestra, la que todos amamos, la que las viejas añoran, la que vista a la distancia es como una gentil Tapada que, después de charlar con Dios, espera en el atrio de la Iglesia el tenoriosco piropo del engolado mancebo de militar prestancia, o la pleitesía, enrevesada y fina, del estudiante de San Felipe.

Y porque Palma es Lima y es la Colonia y es la República, en lo que tienen de castizas y genuinas, es también el Perú, porque aun cuando están aquí pasando, arrolladas por modernismos de hojarasca, las antañonas gracias, perduran éstas en nuestros pueblos serranos, donde aun circula el tipo clásico de los tiempos idos y el lento ritmo del colonial ambiente preside la soñolienta y reposada vida de las ciudades andinas, semejantes en eso a la vieja Lima que ya no es.

Castizo por su manera, peruanísimo por su creación, criollo por su típico ingenio, Palma tiene, dentro de sus características esenciales, que lo hacen el más peruano de nuestros escritores, sentido universal por su romanticismo y su humana ironía y por su tendencia filosófica volteriana, con lo que participa del escepticismo dieciochesco y a la vez del arrebatado amor a la leyenda de los hombres del 48. Porque llegó a la raíz de su pueblo, llegó a raíz de profunda savia humana y siendo, por su creación nacionalista, el más difundido de nuestros escritores, fué también el más genuinamente nuestro.

Toda ciudad de leyenda cuenta con un cantor ilustre, con un mágico evocador, capaz de levantar sobre realidades mezquinas y fugitivas, armazones ideales, y permanentemente airosos que como eternos y encantadores velos divinizan lo humano. Lo que sobrevive idealmente de Lima es lo que creó Palma. Vino hace 100 años, como venimos todos, para sufrir, medrar y volver al polvo de que habla la Escritura, pero al hacer la leyenda de la ciudad bienquerida, quedóse definitivamente, eternamente, en ella, inmortal como su obra. Pizarro fundó la ciudad, pero Palma le dió el alma y si los reyes hispanos la ennoblecieron con tres coronas, ciñóla Palma con su perenne halo de poesía.

José Gálvez

Errata

Hay una de importancia en nuestra entrega anterior.

En el artículo de don Mario Sancho, titulado *Las Fontanas de Cartago*, inserto en la página 100, la línea 45 de la tercera colnmna, donde dice

menos consistentes, las flui-

debe leerse

menos más durable que la pie-

Imprenta LA TRIBUNA